J. Á. GONZÁLEZ SAINZ

Por así decirlo





POR ASI DECIRLO

J. Á. GONZÁLEZ SAINZ



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: abril de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2654-8

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Para Luis Pérez Turrau
y *Pilar Romero Golvano, con gratitud*

Al cabo de los años pienso en nosotros como bichitos en la superficie del agua, aislados y sin objeto e incansables.

WILLIAM FAULKNER

Todo lo miró, y notó, y puso en su punto.

MIGUEL DE CERVANTES

Arte era de artes saber discurrir: ya no basta, menester es adivinar, y más en desengaños. No puede ser entendido el que no fuere buen entendedor.

BALTASAR GRACIÁN

Las almas olfatean lo profundo en dirección al Hades.

HERÁCLITO

UNO

EL ACONTECIMIENTO

El director se inclina ante las manos que aplauden. Por ellas regresa al escenario, y lo hará cada vez que se lo pidan. Sólo está a merced de esas manos, y por ellas vive realmente.

ELIAS CANETTI

1

En algún lado habría leído —porque no creía que fuera de su propia cosecha— que todo acontecimiento verdadero revela siempre un horizonte nuevo, y hasta a veces completamente inimaginable, de lo que pueden dar de sí las acciones y las pasiones humanas.

Desde el día, tan presente aún, en que Ibáñez Vanberg, Enrique Ibáñez Vanberg, tuvo ocasión de asistir, por azar y sin poder dar crédito a lo que veía, a uno de esos auténticos e insospechados acontecimientos que imprimen un sesgo inverosímil al reino de las posibilidades humanas, supo que estaba ya en condiciones de poder confirmar sin ambages que así parece ser en efecto, que a veces sucede algo, que acontece algo de pronto, por muy fútil o de poca monta que al principio pudiera parecer, y la piedra de toque de la bóveda de nuestra vida que hasta entonces nos pasaba inadvertida o a la que dábamos alegremente por supuesto, como lo más natural del mundo, de repente empieza a desajustarse, a tambalearse, y luego a venirse estrepitosamente abajo arrastrándolo todo en su caída y dejándonos a la intemperie de un paisaje que no hubiésemos podido ni imaginar antes siquiera, por más barruntos que algunos hubieran pensado tener. Que luego el meollo del acontecimiento fuera el suceso vamos a llamarlo en sí, o bien la inusitada potencia que irradia su metáfora, era ya otro cantar que él dejaba para que se lo respondiera el propio curso de las cosas, su destino quizá.

2

El día en que todo sucedió fue un día de julio de ahora hacía ya, si no llevaba mal las cuentas, justamente tres años —¿o eran ya cuatro?—, aunque su memoria lo conservaba con esa imborrable nitidez con que se recuerdan de ordinario los acontecimientos inesperados. Es verdad que se había dado cuenta de que, desde el primer momento, lo contaba siempre con las mismas o aproximadas palabras, y que esas palabras se habían hecho fuertes, como solidificadas, y habían sustituido ya soberanamente a los hechos como un segundo plato al primero, hasta el punto de que el acontecimiento en sí corría el riesgo de ser ya más que nada un acontecimiento del lenguaje y la imaginación. Suele suceder, se dijo, es la tendencia, y cada vez más acusada.

Si dijera que desde entonces no había dejado de pensar en lo que sucedió, de rememorarlo o, quizá mejor dicho, de considerar la luz que arrojaba o que imaginaba que arrojaba sobre tantas cosas de nuestro desajustado y tambaleante presente, o quién sabe si sobre los desajustes o tambaleos de siempre, sería desde luego mucho decir y exagerar de seguro, porque uno —aunque desde luego no fuera del todo su caso— siempre deja de pensar en algún momento o en muchos momentos e incluso en la mayor parte de los momentos; siempre deja, si está en su sano juicio —que ya decía él mismo que no tenía por qué ser el suyo—, de darles vueltas y más vueltas a las cosas. Pero lo cierto, y de ello puedo dar buena fe porque conmigo se sinceraba a menudo, demasiado a menudo para mi gusto, es que no se le iba lo que se dice nunca de la cabeza.

Darles vueltas a las cosas es pensar —pensaba—, y las primeras vueltas de las cosas son las palabras, o por lo menos, y no sabía muy bien por qué con tanto ahínco, esas vueltas les daba él. Pero sea como fuere, y a sabiendas de que las cosas siempre son como son y no como las pensamos o como querríamos que fuesen, esto es, son sin las vueltas que les damos —si bien a eso habría que darle unas vueltas, decía—, la cuestión es que no sólo le costó salir de su asombro aquel día y dar crédito de buenas a primeras a todo lo que estaba presenciando —realmente no se lo podía creer mientras lo veía; ¿puede estar pasando esto?, me dijo cien veces que se preguntaba, ¿puede estar pasando lo que está pasando?—, sino que incluso después, a lo largo de los tres o cuatro años que ya han transcurrido desde entonces, ha tenido que emplearse a fondo para tratar de hacer no ya conllevable, que eso sería mucho decir, sino cuando menos, porque a la fuerza ahorcan, sencillamente concebible el panorama que de repente había desplegado aquel acontecimiento a quien quisiera verlo y las posibilidades a decir poco escandalosas que había dado a

conocer.

3

¿Por qué decía escandalosas?, recuerdo que le pregunté no sé muy bien si porque sentía verdadero interés o tan sólo por preguntar. A lo mejor —me dijo— porque pensándolo bien, es decir, pensándolo y volviéndolo a pensar, todo lo que sucede sobre la base o en la dirección de una desaparición del magín propio de cada uno —él decía mucho eso de magín, magín o caletre, le gustaban mucho esas palabras—, de una disolución de las conciencias individuales, efectivamente individuales, y de eso es de lo que se trata, me parece escandaloso, una trampa. Hay gente que ya no es más que un resorte, una serie de respuestas automáticas, un conjunto de datos en un algoritmo, decía con esas palabras, y nada, fuera de las acciones o las pasiones a que eso da lugar, significa nada para ellos.

Escándalo —luego lo miré en el diccionario— viene del griego que quiere decir efectivamente trampa. La trampa —mortal, decía él— en la que estamos cayendo y que nosotros mismos nos tendemos.

—Pero hombre, Enrique, no exageres —le objetaba muchas veces—, como si todo lo tuviéramos que hacer siempre a conciencia o porque tiene sentido y a todo le tuviéramos que ver siempre un significado…

Siempre, es verdad —me replicaba más o menos cada dos por tres—, ante cualquier acontecimiento que pueda ocurrir, por grave o de nuestra incumbencia que sea, cabe la opción de no mirar o mirar para otro lado, de no darse por aludido o, sobre todo, de no querer ver lo que se ve o lo que es susceptible de verse en lo que se ve. También cabe tomárselo a broma, a chirigota, echar unas risas y, como se suele decir y hacer, a otra cosa mariposa. En el caso que nos ocupa, esto último, tomarlo a chacota y quitarle importancia con sentido del humor viéndole únicamente la gracia, que sin duda la tenía, y no poca, no sólo era lo más socorrido dada la naturaleza efectiva de cuanto ocurrió sino, en la práctica, la primera e inmediata reacción de cualquier persona sensata que se preciara de tal —que ya repetía él que no sabía si era del todo su caso.

Pero el solo sentido del humor, decía dándole vueltas al asunto, lo mismo que ayuda tantas y tantas veces a vivir mejor y a ser más cabales, literalmente a que las cosas le entren a uno en la cabeza o caletre —hay que ver, pensaba, un lugar tan chiquito y que puedan caber tantas cosas, que pueda caber todo y de todo—, si se queda solamente en eso, en mero sentido del humor a piñón fijo, puede ser

también un modo corriente y hasta a veces ruin de ocultar, escurriendo el bulto o echando balones fuera y quedando además bien, una genuina e insulsa sumisión de fondo, incluso cobardía.

No es que él pensara que siempre ser cobardes es de cobardes, a veces es de inteligentes por ejemplo, otras puede ser un rodeo valiente. Pero le encantaba perderse en los vericuetos de sus consideraciones, también el *sacar metáforas* de las cosas, como solía decir: si a los ojos cobardes, pensaba por ejemplo, a los ojos que no quieren ver o les da por no ver o por mirar para otro lado, a los ojos asustadizos o espantables, ojos encogidos o apocados, miedicas, decía siguiendo las vueltas que les dan las palabras a las cosas, buscándoles más bien las vueltas o las cosquillas a las cosas —¿las palabras serían así entonces las cosquillas de las cosas?, se preguntaba—, les llamamos también, por un decir, e igual que se le dice cagueta o cagón a un cobardica o gallina, ojos caguetas o incluso ojos cagones, sin duda incurriríamos en una aberración como una casa de grande, en un desatino o extravío, literalmente en una monstruosidad digna de El Bosco: ¿un ojo que defeca o un ojo que segrega, vamos a decirlo, en lugar de lágrimas, heces, deyecciones?, ¿un espejo del alma que refleja por tanto lo que es ésta y lo que es es ya su detrito, su descomposición? Vaya, se dijo, o bien me dijo, hasta ahí podíamos llegar, ¿hasta ahí podemos haber llegado?

Vuelta, vuelta al redil, cada palabra dentro del redil de su cosa, se decía como siempre que se daba cuenta, que no era siempre, de que se había dejado llevar demasiado por el cosquilleo de las palabras en su magín. Un cosquilleo grato, placentero, pero que, como todo cosquilleo, sostenía él mismo, está mejor si se le pone coto al cabo del rato.

4

Ni en ninguno de los momentos que precedieron a lo más crudo o álgido del suceso, si vamos ya al caso, ni durante toda la excitación o acaloramiento pasional que sucedió a los primeros compases del mismo —nunca mejor dicho, como se verá— y a cuyo *crescendo* asistió boquiabierto, realmente pasmado, consiguió intuir, ni siquiera él que intuía por metáforas, que lo que estaba presenciando acabaría revelándole al poco, así como a bocajarro o incluso a quemarropa al volver después cuesta arriba a su casa, un horizonte tan inopinado de las nuevas posibilidades de los comportamientos y las actitudes y pasiones, no sabía si de siempre o por lo menos sí actuales, de lo que llamamos la gente o bien llamamos nuestro país o nuestra sociedad o

nuestra sociedad contemporánea o tal vez venidera, puesto que lo contemporáneo o actual parece ser ya en buena parte sólo lo venidero, tan menguados estamos de presente.

¡Qué bien suenan esas palabras: acción, pasión, novedad!, repetía a veces, ¡qué bien nos siguen sonando! ¿Desde cuándo nos suenan tan bien, tan a música celestial?, ¿y por qué demonios —nunca quizá también mejor dicho— nos suenan tan bien con toda el agua que ha corrido gracias a esos altares a los que subimos a veces algunas palabras? Ah, las palabras santas, las palabras para vestir santos, se reía. Las palabras no son para subirlas a ningún altar sino para dejarlas a ras de cosa, todo lo posible a ras de cosa, que nunca es mucho —decía—; no son para ofrecerles sacrificios sino para sacrificarlas a ellas por las cosas: esas vueltas, o tal vez vapuleos, les doy yo por lo menos, decía.

El caso es que, pese a su reducida inclinación por las multitudes humanas y los actos multitudinarios, aquel día fue precisamente él quien propuso en casa la idea de asistir por la tarde al concierto que la Orquesta y Coro de la Ciudad iban a celebrar en la Plaza Mayor. Así verás también tocar a Alberto y a Lucas, le argumentó a su hijo de nueve años con el fin encubierto de alentar su afición musical. Alberto, Alberto Díaz Mas, era un vecino, y Lucas, el hijo de un buen amigo con el que muchos días, a la caída de la tarde, salían a caminar y charlar un buen rato. No encontró obstáculos su propuesta ni por parte de Mari Mar, su mujer, ni siquiera de Alonso, el hijo, lo que ya era todo un triunfo, y tampoco su insistencia en acudir con tiempo para coger buen sitio tuvo que vencer mayor resistencia. Nos ponemos en lo alto de la escalinata que sube a los soportales del ayuntamiento, o arriba en el soportal mismo, dijo, y así lo vemos todo como si estuviéramos en un palco. Y eso hicieron, veinte minutos antes de la hora oficial del comienzo del concierto ya estaban allí, sentados a sus anchas en el escalón superior de esa escalinata, a la sombra además a aquella hora, a diferencia de casi todo el resto de los escalones, y viendo cómo iba afluyendo poco a poco el público y tomando asiento los músicos de la orquesta.

Había hecho mucho calor todo el día, lo recordaba bien; a las ocho de la tarde, que era cuando iba a dar comienzo el concierto, aún no había empezado ni por asomo a refrescar y el vientecillo del noreste que suele levantarse hacia esas horas y entrar de lleno en la Plaza Mayor no había hecho aún para nada su acto de presencia. Son, poco a poco desde hace tiempo y aceleradamente al parecer en los últimos años, cada vez más tórridos los veranos; aunque, si bien lo miraba, casi todo se le antojaba cada vez más tórrido, más abrasado y agostadizo, pero no hasta el extremo que en seguida habría de experimentar.

5

Quienes sí hicieron en seguida acto de presencia fueron los componentes de la Orquesta de la Ciudad, que tenían ya sus atriles y sus sillas bien dispuestos en el centro de la plaza. Algunos ya habían dejado antes los instrumentos en sus puestos correspondientes y otros, los más, venían con ellos, y unos y otros fueron acomodándose poco a poco en sus sitios y corrigiendo a su gusto la posición de las sillas y del atril con sus partituras. Medir bien las distancias, pensó observándoles, valorar la posición, la orientación, disponer del mejor modo todo aquello que ya después, cuando empiezan las tornas, es ya muy difícil de rectificar.

También observó que había entre los músicos quien parecía que necesitaba hablar con el compañero de al lado para distraer los momentos previos, mientras que otros, tal vez la mayor parte, se notaba que optaban por concentrarse en riguroso silencio. Se preguntó si ante todos los momentos álgidos, incluido el más álgido y final, reaccionamos de la misma forma siempre cada uno, tratando de distraernos unos y en supremo silencio otros, pero sin conseguir acaso nadie ni distraer al cabo el trance ni un verdadero silencio interior. Bueno, bueno, para el carro, que aquí hemos venido a pasar una buena tarde, se debió de decir tajante ante la deriva tristona que habían empezado a tomar los pensamientos de su magín. Se había impuesto últimamente el ejercicio de tratar de corregir siempre el tiro de esas derivas que, sobre todo de un tiempo a esta parte, debido a una acumulación de sinsabores personales y desde luego al curso de los acontecimientos tanto en el país como en el mundo —y a que me estoy haciendo viejo, para qué vamos a engañarnos, añadía siempre—, le estaban empezando a ensombrecer el carácter e incluso a agriárselo en ocasiones. Ya verás lo que vamos a disfrutar, le dijo a su hijo como tratando de convencerle cuando en realidad era a él mismo a quien se dirigía.

A Lucas, Lucas Gómez Encabo, que era de los que hablaban con el compañero, le vieron en seguida en el centro de la orquesta y, en un momento en que se volvió hacia donde estaban, su hijo Alonso le saludó efusivamente y ellos dos, Mari Mar, su mujer, y él, con un leve gesto de la mano. Siempre se lo habían puesto a Alonso de modelo, Lucas por aquí, Lucas por allí, mira lo bien que toca Lucas el violín, mira qué majo, qué aplicado y qué buen mozo es Lucas. A Alberto, en cambio, su vecino del cuarto Alberto Díaz Mas, que se incorporó más tarde, casi el último, y le faltó tiempo para consagrarse en cuerpo y alma a sus tambores y platillos, ya no le pudieron saludar. Algunos músicos, no Alberto ni Lucas, no sólo hablaban entre ellos sino que se veía que se intercambiaban comentarios jocosos o incluso bromas,

seguramente para distender los ánimos, pero la mayoría poco a poco trataba ya de concentrarse y afinar sus instrumentos.

Cómo le gustaban siempre esos momentos iniciales que los músicos consagran a la afinación, al ajuste, a la concertación de las tonalidades sobre todo en los instrumentos de cuerda. Hay entonces, decía, como una armonía superior de las inarmonías, la armonía del buscar alcanzar cada uno por su cuenta algo común y atenerse a ello, del tratar de conseguir el ajuste impecable a una regla, a unas claves, el esmero por buscar cada uno lo de todos y acordarse con ello. Ajustar, afinar y acordar, ¿no es ésa la tarea del paraíso?, ¿no es el paraíso mismo? Que los tonos acuerden, que se ajusten con la escala cromática. Música celestial, se dice en efecto, y no pintura celestial ni literatura celestial ni mucho menos cine celestial. Televisión celestial, ¿se imagina alguien que alguien pudiera decir semejante monstruosidad?

Es sólo la música la que suena a algo divino y nos acerca a algo divino. Con la música, si afinamos, si acordamos, si cultivamos el oído y no nos quedamos sólo con sensaciones sino que alcanzamos armonías que toquen el corazón y ensanchen y ennoblezcan el alma, pensaba a lo mejor un poco a la antigua, hasta podemos tocar el cielo con nuestras manos. Siempre que no haya un aparato de megafonía por medio, añadía como coletilla a estas elucubraciones haciéndose eco de lo que hubiese añadido seguramente su padre. El infierno es un megáfono, le había dicho éste muchas veces, un equipo de amplificación.

6

En la Plaza Mayor no había equipo alguno de amplificación; ni micrófonos, ni megáfonos, ni altavoz alguno, sólo instrumentos musicales y personas con habilidades y sensibilidad. Una muchedumbre variopinta no cesaba de afluir ya a la plaza por las cuatro calles que desembocan en ella y, una vez allí, intentaba no agolparse en exceso y localizar los sitios que estuvieran más despejados. Las filas de sillas corridas de plástico y los espacios a la sombra ya habían sido ocupados por completo y sólo quedaban algunos claros en las partes más expuestas al sol, sobre todo en aquellas a las que, al pie del viejo palacio del siglo les daría todavía de lleno hasta su declive definitivo ya avanzado seguramente el concierto. Aún a esas horas, sin que corriera ni una pizca de aire y a no ser que hubieran tomado la precaución de traerse por lo menos una gorra o un sombrero, contra la fachada del viejo palacio, que despedía

un fuego acumulado se diría que no sólo durante el día sino incluso a lo largo de la historia, se le podían cocer a más de uno los sesos así como así, como a lo mejor fue el caso.

Igual que ellos, había quien había venido también con mucha antelación para coger buen sitio, sobre todo los de mayor edad que necesitan sentarse y quienes no quieren perderse nada, incluida en esa nada la llegada del público. Ahí los tienes, me dijo que pensó, mezclados y revueltos como de costumbre: los que aman de verdad la música y los que aman cualquier espectáculo, el espectáculo sobre todo de estar juntos y estar muchos; los que aprecian y saben y los que ni saben ni aprecian pero maldita la falta que eso les hace porque se apuntan siempre a todo lo que sea multitudinario y festivo, ni que sea un bombardeo, como solía decir siempre su madre, la abuela de Alonso —o una patada en el trasero, apuntillaba su padre y también abuelo de su nieto, ambos con un aprecio vamos a decir limitado de sus contemporáneos—. Pero por otra parte, quién podría afear nada a nadie; se trataba de escuchar música, y música clásica, y música clásica además juntos e interpretada por la Orquesta y Coro de la Ciudad que contaba por si fuera poco con tantos músicos de allí mismo y en el mismísimo cogollo de la popular Plaza Mayor durante una radiante tarde de verano. Qué bien sonaban de nuevo también esas palabras: popular, de allí, Orquesta y Coro de la Ciudad, Plaza Mayor, música clásica, oír juntos todos música clásica. No sólo suena bien la buena música sino las palabras, las buenas palabras. Era al corazón de lo más civilizado a lo que asistían todos a pesar del bochorno de la tarde o tal vez contra él.

7

Como antaño, algunas personas mayores habían traído periódicos o incluso cojines para sentarse en los bancos o en los peldaños de la escalinata que ascendía a los soportales del ayuntamiento y, en mayor proporción, según en seguida constató, sombreros o gorras con visera y abanicos, muchos abanicos multicolores. María del Mar, su mujer, también se trajo un sombrero con una banda azul que hacía juego con su vestido fresco de verano, y su hijo Alonso y él sendas gorras sin letreros ni propagandas, que no entraban en casa ni para acabar en el trastero. Había valido la pena llegar tan pronto para coger aquel sitio en lo alto de la escalinata del ayuntamiento —daos prisa, repitió muchas veces, daos prisa que si no es un agobio—. Desde aquí lo vamos a oír y a ver todo de maravilla, le había dicho la mar de contento a su hijo nada más llegar, vamos a ver a la orquesta, al

director que se pondrá sobre esa peana negra de allí enfrente y vendrá el último, vas a ver, y a toda la gente.

Mira allí, ¿ves?, le dijo después señalando una dirección con el brazo extendido, al lado del de la gorra roja tienes ya al tarambana de tu tío Fernando, que no se pierde nada, y más a la derecha, al sol, junto a las autoridades para que se les vea bien a todos, a tu prima Clara, ya sabes, la que es actriz y sale en las series de la tele que ve la abuela. Lorena Gómez Frías, la profesora de piano, está en los escalones del otro lado, ¿la ves?, tan templada y sonriente como siempre, y el tipo tatuado a más no poder que vemos todos los días en el bar al llegar a casa ahí lo tienes en primera fila y con su inseparable lata de cerveza en la mano como no podría ser menos. Mira allí a Arturo, que habrá acabado ya la carrera con tan buenas notas como siempre: es el que está a la entrada estudiando con su padre el programa de mano.

—Juanvi, Juanvi, allí está Juanvi, mi compañero de clase, creo que con sus tíos —gritó Alonso entusiasmado por haber reconocido también él a alguien.

El reconocimiento, pensó, el reconocimiento entre la multitud como uno de los atractivos siempre de estas celebraciones, reconocer al vecino, al conocido, al detestado también, reconocerse asimismo en el grupo, formar parte de él, de un todo que dura y toma forma en un lugar porque es orquestable.

8

A algunos de los chicos jóvenes que repartían los programas de mano en las entradas a la plaza ya se les habían acabado; la gente se los llevaba como si fueran dulces, unos para seguir por menudo las piezas y los más seguramente para abanicarse o quitarse a ratos un poco el sol de la cabeza o bien tan sólo a lo mejor porque los regalaban. En sus dos páginas centrales, antes y después de varias páginas de publicidad —en realidad el fundamento del cuadernillo—, aparecía detallado el programa del concierto con sus correspondientes faltas de acentuación y, precediéndolo todo, en la primera carilla, un corto discurso del alcalde bajo su amplia fotografía en colores que era lo primero, y para muchos lo único, que se veía. Casi la mitad de las frases eran balbuceos y balbuceas, sujetos y sujetas y complementos y complementas directos y directas y demás y demós os y as y as y os, y la otra mitad, concomitante a veces con la primera, frases intercambiables de cortar y pegar trufadas por todas partes, y sobre todo al final, como en una traca, de las palabras biensonantes del

momento, los altares sacrificiales. Enrique Ibáñez Vanberg se entretuvo en subrayar todo ello con los ojos que siempre aspiraba a llevar consigo.

El repertorio musical, por lo demás, era aseado, un conjunto de piezas clásicas bien conocido pero no por ello falto de valor. No le damos valor muchas veces a lo conocido por conocido, pensó, y eso no es muy valioso que digamos.

—Mira, papá, Chopin y Granados —dijo Alonso—, y también Mozart y Falla, me sé todos los nombres.

—Muy bien, hijo —le respondió sonriendo, toda la tarde parecía una sonrisa.

En la plaza se oía un murmullo amable, un bisbiseo de voces de fondo que había sustituido poco a poco al afinamiento de los instrumentos a medida que todos los músicos se fueron dando por satisfechos. De repente, y sin ver de dónde había salido, apareció el director, un hombre todavía joven que no parecía tener ninguno de los atributos exteriores de un director carismático, ni pelos largos ni indumentaria especial con algún rasgo de elegancia o de carácter y ni siquiera de dejadez, nada con lo que pudiera destacar exteriormente. Y sin embargo su presencia, notada de inmediato, provocó la atención de los músicos y el progresivo silencio del público, al que siguió poco después un sonoro aplauso. Se volvió hacia el gentío, saludó inclinando la cabeza al frente y luego a ambos lados y en seguida hizo un gesto con la mano hacia los músicos, que oyeron entonces arreciar los aplausos de la plaza.

El director dejó que se hiciera el silencio, lo prolongó un momento, no mucho —debía de saber lo que es una plaza pública—, captó la atención de los músicos y atacó los primeros compases de un preludio de Chopin. Qué bien sonaba la música tan bien orquestada en aquel recinto de viejas piedras venerables que el sol llenaba de luz a aquellas horas de la plácida tarde de verano. Si no era aquello la felicidad de la civilización, se le aproximaba mucho, me repitió que pensó.

Las zonas en sombra irían ganando terreno lenta pero paulatinamente por toda la plaza y en la fachada de piedra caliza del palacio renacentista empezaba ya a proyectarse esa luz dorada tan hermosa del último sol de la tarde que parece como querer decir que, justamente en el crepúsculo o el otoño de los días y las cosas, puede que anide su máximo y efímero esplendor. Ese tono dorado daba la impresión además de estar ahora también rigurosamente afinado allí con la dulzura de la música que sonaba. Armonía de las últimas horas de la tarde de verano en la plaza pública de la ciudad provinciana.

9

El público parecía complacido; sin guardar el silencio sepulcral de un auditorio de música —había niños por todas partes y algunos correteaban por los márgenes de la plaza y las calles adyacentes— sí había un silencio suficiente y digamos festivo, y el embrujo indudable de la música concitaba las atenciones y las miradas de agrado.

Se fijó en un hombre joven de vistosa camisa de colores que, de pronto, no contento al parecer con su posición en tercera o cuarta fila, se abrió paso con poca delicadeza hasta ponerse delante de todos. Quienes habían sido molestados, con la contrariedad pintada en el rostro, amagaron un movimiento de repulsa que sin embargo, uno tras otro, en seguida dejaban extrañamente sin efecto. No querrán turbar sin duda la placidez del momento y prefieren hacer como si nada, pensó Enrique, o eso creo que me dijo.

Ya en primera fila, además, escogiendo aparatosamente su posición primero en un sitio y luego en otro hasta encontrar el lugar que mejor le venía para ver a sus anchas al director de orquesta, el joven de la vistosa camisa de colores por fuera del pantalón pareció calmarse. Pero aun así seguía atrayendo su atención y la de su hijo; ¿has visto, papá? Era raro, según cómo se le mirara, podía parecer agraciado o hasta muy agraciado a lo lejos, o por lo menos con un extraño atractivo, y según cómo más bien daba la impresión de ser un poco retrasadillo o portador de alguna singularidad o deficiencia que no tenía por qué ser física, por lo que nada costaba comprender la anterior actitud primero contrariada del público y en seguida, en cuanto comprobaban quién era el que ocasionaba la molestia, ya más condescendiente o incluso de franca complicidad.

Una vez en su sitio preferencial, el joven de la vistosa camisa de colores seguía la pieza de Chopin con una atención concienzuda, con los cinco sentidos se hubiera podido decir. Irradiaba una sonrisa de beatífico embeleso que, a la luz de la tarde que le daba de lleno en la cara, podía apreciarse con perfección desde donde ellos se encontraban. Está encantado el tío, le dijo su hijo, que había seguido con apuro, como muchos de los allí presentes, el pequeño incidente.

Sin otras incidencias, y concluido ya el preludio de Chopin, un público completamente entregado rompió a aplaudir a rabiar y, probablemente más que nadie, el joven no se sabía si atractivo o más bien retrasadillo de la camisa de colores. Incluso cuando todos los demás iban dejando de aplaudir, él continuaba haciéndolo de un modo tan entusiasta y vistoso que a su alrededor, por no dejarlo solo o acaso por un efecto de contagio, no fueron pocos los que mostraron de nuevo su aprobación a los músicos volviendo a dar unas palmadas que sin embargo repiquetearon de un modo extraño por toda la plaza.

El director se dio entonces la vuelta sonriente para dar las gracias o, lo más probable, para que dejaran ya de aplaudir; hizo una ligera reverencia, que el joven de la camisa de colores se vio que interpretó en seguida como una reverencia personal hacia él y, en efecto, se volvió al poco a hacer un silencio que los músicos aprovecharon para atender de nuevo a sus partituras.

Era el turno de la primera parte, denominada «El pelele», de la ópera que, con el nombre de *Goyescas* y basada en su célebre *suite* para piano, catapultó a Granados a la fama mundial tras su estreno en el Metropolitan de Nueva York el mismo desgraciado año de su muerte. Eso es lo que Alonso escuchó de labios de su padre, y también que Enrique Granados —¡Enrique como tú, papá!— murió ahogado en el naufragio del barco en el que viajaba tras ser torpedeado en el canal de la Mancha por los alemanes durante la Gran Guerra. Ya ves hijo: tenía cuarenta y ocho años, estaba en el apogeo de su fama, desde entonces mundial, y contaba con toda una vida por delante que de repente quedó atrás del todo en un momento.

¡Ah, esos momentos —debió de pensar al recordar el caso—, esos de repentes que al parecer sin previo aviso hunden un barco o tuercen, para bien o para mal, inapelable e irreversiblemente a veces, una situación o una trayectoria! Los naufragios, pensó, los naufragios de un buque o los naufragios de una vida o una sociedad entera, los naufragios incomprensibles o difíciles de prever, fortuitos, casuales, y los naufragios que se ven venir o a cuyo encuentro en realidad se ha ido poco a poco, un paso tras otro insensata o aviesa o cabezonamente. Los naufragios por pura desdicha, por pura pero a veces reiterada desdicha, y los naufragios por soberbia, por vanidad, por prepotente ignorancia o avidez del instinto; naufragios en solitario o naufragios con espectadores, había leído, naufragios de capitanes intrépidos, azarosos, y naufragios de insignes botarates, de calamitosos atontolinados llenos de rencor y soberbia o bien de pusilanimidad. Naufragios por decisiones erróneas o por falta de decisión y naufragios también por ideas supersticiosas, neciamente ingenuas o mendaces, por auténticas huevadas a veces o por ese intenso placer de engañarse a uno mismo con cualquier ocurrencia trascendente o de tratar de engañar contumazmente con ella a todo el mundo. Naufragios, pongamos que concluyó, naufragios porque te bombardean desde fuera o porque te bombardeas por dentro, porque por oponerse a una mala opción de ruta se elige otra mucho peor, o bien porque ya no hay nada bueno que elegir: se pone rumbo fijo hacia algún punto nefasto en el momento menos idóneo y luego ya no hay marcha atrás que valga hasta el encuentro con el destino.

—Estás serio, papá, ¿no te gusta? —le espetó contrariado su hijo, que parecía estar disfrutando desde el principio de todo el espectáculo al igual que su madre.

Tan pronto como empezó a cantar el coro en la pieza de Granados, tras los primeros escasos minutos de la orquesta en los que Alonso vio emplearse a fondo a Lucas con su violín, se le pudo ver al joven del extraño atractivo o bien retrasadillo, según se mirara, una cara inequívoca en la que resplandecía un fervor en verdad inusitado. Parecía no caber literalmente en él y, como quien está poseído, se iba acercando lentamente al director, tal vez sin pensarlo ni darse cuenta, atraído sin duda por el foco mismo del que todo aquello emanaba mientras las voces orquestadas llenaban de armonía el espacio soleado de la plaza.

Llegó a ponerse justo detrás del director de la Orquesta y Coro de la Ciudad, que subido en su peana, con temple admirable, dirigía batuta en mano la primera parte de las *Goyescas* de Granados. Los instrumentos de viento, los de cuerda, la percusión y las voces subían y bajaban de tono al compás que marcaba el director como los ascensos y descensos de los peleles. La muchedumbre daba muestras de una satisfacción creciente con aquel espectáculo de sonido e imaginación, pero no quitaba ojo, como tampoco ellos, Alonso en primer término, al joven que se había puesto detrás del director de la orquesta como si fuera su sombra. Para ser una sombra parecía al revés, él con una camisa vistosa de colores por fuera del pantalón y el director vestido pulcramente de negro.

En éstas, y sin que el público perdiera ripio, el joven se puso también a bracear imitando al director desde detrás de la peana. Repetía sus gestos recalcándolos a su espalda apenas unas décimas de segundo después de que él los realizara y entre la muchedumbre se oyó levantarse un tímido murmullo. Estaba tan ensimismado en los movimientos de las manos y el cuerpo del director que sus movimientos y su cuerpo daban la impresión de ser una prolongación de los de aquél. El director estiraba un brazo y, acto seguido, pero tan seguido que podía parecer movido por el mismo estímulo interior, él estiraba también el suyo correspondiente; el director daba una ligera indicación a unos instrumentos con el pulgar y el índice enlazados y él la daba igual, y en su intención igual de ligera, enlazando también su índice y su pulgar. Pero en seguida la prelación pareció cambiar y algo de los aspavientos de la sombra se comunicó también a los movimientos del director y los músicos empezaron a dar buena muestra de ello. Comenzaron a desconcentrarse, a perder la pauta. Los murmullos seguían extendiéndose entre el público y se desataron

algunas risas contenidas que hicieron que el director perdiera ya la concentración y empezara a recelar que algo raro estaba pasando. En una leve pausa de la tensión de la pieza, miró como pudo por fin atrás de soslayo y se percató de la situación. Quiso seguir como si tal cosa, imprimiendo una mayor decisión y entusiasmo a la dirección y esperando a que el joven de la camisa vistosa de muchos colores que había entrevisto con el rabillo del ojo se cansara y depusiese su actitud para que todo volviera a discurrir como era debido. Pero no volvía, las aguas no volvían a su cauce; en un momento dado, el director advirtió ya sin lugar a dudas que el público empezaba a seguir con la vista más al joven que se había convertido en su sombra que a la orquesta propiamente dicha y a él mismo, y que los asistentes, ahora ya una muchedumbre más que un público de oyentes, habían perdido por completo su concentración en la música y seguían ya, no sabía aún si más bien enojados o molestos o acaso divertidos, una parodia.

Entonces se dio por vencido, echó un vistazo rápido pero certero a la multitud y, con un gesto horizontal y como forzado de la mano moviéndose plana del hombro izquierdo al derecho, detuvo en seco la música. Las trompetas y los violines bajaron a los regazos de los intérpretes, los integrantes del coro empezaron a cuchichear entre ellos y el director se dio la vuelta, descendió de la peana, hizo una reverencia mitad ceremoniosa y mitad contrariada ante el joven de la camisa multicolor que se había convertido en su sombra y le cedió los bártulos de dirección.

Sin pensarlo dos veces, el joven le cogió la batuta, en realidad se la arrancó de las manos, y sin mirarle, con una resolución insólita que hizo gracia a los congregados, ascendió a la tarima. Allí se irguió, puso cara de concentración mirando al cielo, y de repente empezó a hacer los mismos movimientos con los que antes había imitado al director pero ahora agigantados y también de su propia cosecha. Parecía transfigurado, alto, enhiesto, embebido por completo en el papel que ahora representaba como si lo hubiese hecho toda la vida. Parte de la muchedumbre, por lo que se veía cada vez más divertida, en seguida rompió a aplaudir y los músicos no sabían muy bien qué hacer o qué no hacer; algunos se echaron a reír, igual que una porción del público, pero otros comenzaron a tocar algo en sus instrumentos para complacer al nuevo director o bien para seguir un poco el juego, ya que las cosas se habían puesto como se habían puesto, e incluso algunos de los componentes del coro, no siempre los más jóvenes por lo que se podía apreciar, empezaron a cantar algunos fragmentos.

—Mira, papá, mira a Alberto cómo les da a los tambores —dijo Alonso.

A diferencia de Lucas, Lucas Gómez Encabo, que tenía postrado su violín sobre las rodillas y parecía no entender nada, su vecino Alberto

había entrado en seguida en el nuevo juego y daba la impresión de estar disfrutando de lo lindo. No tanto como el joven director, que encumbrado en su altillo como quizá no hubiese podido imaginar nunca antes, y con el vigor de quien da a entender que tiene cuerda para rato, movía cada vez con más determinación los brazos y las manos componiendo aspavientos insólitos que eran muy bien recibidos por buena parte de la muchedumbre junto a otros que eran puros calcos del anterior director. Allí arriba, con el sol de la tarde en la cara como si fuera un reflector que sólo a él le iluminara del modo más favorecedor y benévolo, era indudablemente un hombre apuesto y atractivo, resuelto donde los hubiera, y su camisa de colores por fuera del pantalón se diría que subrayaba con vistosidad sus movimientos más atrevidos.

La desenvoltura de sus gestos, con ser mucha desde el principio, iba no obstante en aumento a la par que su convicción en la dirección y, sin duda ante aquella visión del hombre arrollador y pagado de sí mismo, un número cada vez mayor de músicos se iba incorporando poco a poco al juego o a la fiesta o a lo que fuera ya aquello que estaba sucediendo. Hasta algunos violinistas remolones, no aún Lucas, que no salía de su perplejidad, acababan participando a regañadientes al principio y luego ya más divertidos en la parodia.

Cada uno tocaba lo que le parecía; había a quien le daba por interpretar alguno de los fragmentos de las *Goyescas* de Granados que tenían que estar tocando en aquel momento y cuya partitura todavía figuraba muerta de risa en los atriles, y a quien, por hacer algo, no se le pasaba por las mientes más que ejecutar escalas o notas sueltas, si bien tampoco faltaba quien aprovechaba la confusión para tocar como quien no quiere la cosa algún fragmento de su propia invención. Pronto se pudieron oír también tonadas de cancioncillas de moda o de canciones célebres de las fiestas de la ciudad, que fueron saludadas con especial alborozo por la multitud. Una parte del coro entonó asimismo fragmentos de cantos religiosos.

Si uno podía abstraerse y no pensar en qué le había hecho concurrir allí o no pensar en general en nada —me dijo—, aquel galimatías, aquel pandemónium real, coreado por las oleadas de risas y aprobaciones joviales de los congregados, tenía en realidad su gracia. Era sorprendente, verdaderamente jocoso, incluso despepitante. Era, al revés de lo que se pudo apreciar en el momento del afinamiento de instrumentos que precedió al concierto, una especie de inarmonía de las armonías, de desajuste de ajustes, de cada uno por su lado y allí nos las den todas y se las componga cada quisque como pueda porque todo está patas arriba. Pero funcionaba, ya lo creo que funcionaba —recuerdo que me dijo Enrique—, una parte cada vez mayor del auditorio parecía haber olvidado por entero

la razón que les había llevado allí y todo funcionaba de hecho pero ahora no como concierto sino como desconcierto, un desconcierto festivo, imprevisto y desinhibidor y echado burlescamente para adelante a más no poder.

11

El jolgorio y la hilaridad general iban en aumento a la par que el entusiasmo con el que el joven sucesor se tomaba su papel. Se le veía dispuesto a saborear hasta el fondo el intenso placer de la dirección y a llevar su representación todo lo lejos que pudiera llevarla; a veces, en el fervor de algunas personas, se ve el brillo de lo que no tiene límites. Completamente enfrascado en su desempeño, tanto parecía creer en él que, por un visible efecto de contagio, el número de espectadores, e incluso de intérpretes, que acababa creyendo también y secundando con vigorosa alegría sus movimientos era cada vez ostensiblemente mayor. Como si hubiesen ido allí a escuchar lo que estaban escuchando y a interpretar lo que estaban interpretando; como si todo hubiera empezado con él y con él debiera terminar.

—Es genial, papá, mucho mejor que el concierto —se dejó decir un Alonso que no cabía en él de gozo.

María del Mar, su mujer, también se estaba divirtiendo, por no hablar del tarambana del tío Fernando o de la prima Clara, la actriz y revolucionaria de la familia. El tipo tatuado a más no poder en los brazos y el cuello que cada día veían en el bar al llegar a casa —el remangado, habían empezado a llamarle como guiño a su dedicación — estaba disfrutando por supuesto a sí mismo como un enano —tampoco era muy alto—; esgrimía allí también como no podía ser menos su enésima lata de cerveza que, sin saber de dónde las sacaba, parecía siempre una prolongación de sus dedos. Coge las latas como los monitos las ramas de los árboles en los programas que veo, le dijo Alonso un día.

En los escalones del otro lado, la profesora de piano Lorena Gómez Frías parecía no saber sin embargo a qué carta quedarse; lo mismo que Arturo y su padre, con el programa de mano ahora sobre la cabeza para resguardarse por lo menos del sol.

—Mira a Juanvi, papá, a Juanvi, mi compañero de clase, ¿lo ves?, se está petando de risa, es que le va a dar algo.

Su hijo también se petaba de risa, como él decía, y en toda la plaza las carcajadas cada vez más estruendosas e indiscriminadas fueron sustituyendo a las risas primero contenidas y después ya francas y divertidas, y la certeza de estar en el mejor de los momentos del mejor

de los mundos viendo lo que veían y oyendo lo que oían reemplazó también ya sin más apuros a las vacilaciones iniciales y los primeros sentimientos de vergüenza de una parte del público.

El joven director había triunfado y tenía en un puño a la multitud, que en su gran mayoría se lo estaba pasando en grande sin la menor necesidad de pensar en nada más que en pasárselo en grande aquel momento. Si a algunos como Lorena Gómez Frías, la profesora de piano, o bien el padre de Arturo —a quien habían visto discutir con su hijo—, con mayor sentido del ridículo o menor aprecio por ciertas formas de diversión o, quizá en el fondo, una más alta concepción de la música o del decoro público, parecía que se les veía a disgusto y como queriendo escabullirse y retirarse a sus casas, era seguramente a causa del carácter tan estricto y severo que tenían —de lo aburridos que eran, dijo Alonso en un determinado momento—. Pero no se podía negar que la muchedumbre estuviera enfervorizada con el nuevo director y con cuanto allí estaba sucediendo, como si no se hubiese visto nunca en otra igual, abstracción hecha de cómo se había llegado a ello y de adónde podría conducir. Ya veremos cómo acaba esto, se decía Enrique o le decía a su mujer pensando que aquello ya no podía durar mucho más. Pero Mari Mar tampoco le hacía mucho caso, se divertía y ya está. ¿No es increíble?, exclamó con una sonrisa de oreja a oreja. Sí, claro, fantástico, respondió él sin que se pudiera dirimir a las claras el sentido de su tono.

El joven y apuesto director que le había quitado el sitio al hombre que, sin parecerlo, era todavía también joven pero carecía de cualquiera de los atributos exteriores que adornan a un director carismático —¿dónde se habrá metido?, se preguntaba Enrique Ibáñez Vanberg, ¿estará por ahí al quite o se ha evaporado?— no daba siquiera la impresión de que necesitase descansar un momento y recobrar el aliento. Como si su solo triunfo bastase y sobrase para dotarle de una energía inagotable, hacía un aspaviento tras otro cada vez más embebido de la seguridad de gustar y tener a la multitud en el bolsillo, y a algunos de esos aspavientos, los más aparatosos, los más atrevidos y echados para adelante, la muchedumbre respondía coreando un olé, oleadas de olés y salvas de aplausos y de bravos; olé tu madre, se oía, y también —eso es lo que se oía— olé tus huevos, así se dirige, hostia. Ah, las aclamaciones al victorioso —pensó—, a quien todo lo transforma sin reparar en medios, en victoria o derrota.

La prima Clara a la vista estaba que se encontraba en la gloria y las autoridades que habían acudido al acto parecían de un tiempo a esta parte como empequeñecidas; nadie les dirigía una mirada y era como si hubiesen pasado a mejor vida espectacular. Pero aun así, o seguramente por ello mismo, no cesaban de aplaudir y de reír ostentosamente las gracias como estaba ahora mandado por la

situación. Ni por asomo, dado lo popular del caso —pensó Enrique con melancolía—, se les ocurrirá tratar de enmendar la cosa o volverla por sus fueros, tan sólo discurrirán cómo aprovecharlo en su favor y en qué momento arrimarse todo lo que puedan para sacarle partido publicitario.

Hubo un momento en que los aplausos fueron tantos —una lluvia de aplausos, diría al día siguiente la prensa local, una apoteosis de aplausos como nunca se había visto en nuestra ciudad— que el joven director que se había hecho con el cargo tuvo que emplearse a fondo en saludar a conciencia. Con un gesto tajante del brazo desde el hombro izquierdo al derecho análogo al que el director sustituido había realizado para dar por terminada la ejecución de las *Goyescas* de Granados, el nuevo y flamante director detuvo en seco la marcha triunfante del jovial desconcierto y, haciendo varias ceremoniosas reverencias a los cuatro costados de la plaza que fueron seguidas de sendas salvas de aplausos y vivas, se le vio empaparse a sus anchas de la inaudita, y hasta hacía nada inconcebible, gloria del momento.

Su efigie era de una rara belleza, ahora ya no cabía la menor duda; pero de qué clase de belleza se trataba, de qué género o, mejor, de qué índole de belleza, era más difícil de decir. Ahora su atractivo no dependía ya de la luz a la que se le viese, y que lo mismo podía hacer que pareciera extraordinariamente apuesto como portador de algún tipo de deficiencia del orden que fuera, sino que la luz a la que se le veía era directamente él. Él era la luz misma a la que se le veía y también la luz a la que veía la muchedumbre, en eso consistía su apostura. En eso consiste la apostura —me dijo Enrique que pensó seguramente exagerando— cuando las luces, todas las luces, son las luces del poder.

El sudor lo transfiguraba lo mismo que el brillo de sus ojos, que no hubiera podido decirse si venía de dentro, del rapto de la concurrencia o bien si irradiaba desde la alcurnia verdadera de lo que viene de lo alto y se trasmite como por embrujo. Un buen director de orquesta —pensó luego Enrique— tiene toda la partitura en su cabeza, se sabe al dedillo cada una de sus notas y lo que le está permitido a cada uno de los músicos. Para aquel chico la única partitura era el brillo de sus ojos.

Más tarde recordaría que, al igual que el director cesado, que apareció de improviso y se acercó sigilosamente por detrás a la peana después de los saludos ceremoniosos a todas las bandas de quien detentaba con tan intenso placer la batuta, él también creyó que allí, en aquel justo momento, se acabaría por fin todo aquel jolgorio, y que lo único que quedaría por ver era si se iba a reanudar el concierto aquel día y, de ser así, de ser eso aún posible, cómo podía hacerse con un público tan entregado al hechizo de aquel todo vale, de aquel —

pensaba, y pensaba según él de nuevo seguramente exagerando— nada tiene ya un valor más alto que el valor de la farsa mientras dura.

Pero se equivocó. Desde la cima de su peana, el director de la vistosa camisa de colores señaló de repente con el dedo índice de su brazo derecho extendido al director cesado —que totalmente cohibido no sabía ni qué cara poner ni a qué carta quedarse— y sin pensárselo dos veces, con el brazo y la mano en esa posición, levantó el pulgar y, así, el índice más estirado todavía y el pulgar enhiesto —los otros tres dedos recogidos hacia atrás contra la palma—, empezó a sacudir la mano como si de una pistola se tratase mientras la muchedumbre jaleaba cada uno de los disparos con un pum pum pum que precedía a una nueva salva de vítores y aplausos.

Se llevó la pistola a la boca, sopló, sopló sobre el cañón humeante una y más veces, y volvió a rematar por la espalda al director saliente que ya entonces, corrido y compungido a más no poder, había emprendido la huida de la plaza dejándole todo el poder y la gloria sin la menor sombra de pretendiente alguno. Enrique Ibáñez Vanberg lo vio desaparecer cabizbajo calle arriba; tras él iban algunos músicos, en primer lugar Lucas, Lucas Gómez Encabo, el hijo del amigo con el que salía a pasear muchas tardes, al que se le había podido ver molesto desde que todo empezó y, nada más acabar la última escena, levantarse de inmediato, meter el violín en su funda y sortear las sillas de sus compañeros para salir a escape de allí. También se marcharon algunos de los componentes del coro, pero sólo algunos, y algún que otro músico suelto, algún violinista, las violoncelistas, pero no Alberto, su vecino Alberto Díaz Mas, al que se le vio en todo momento disfrutar de lo lindo acompañando con sus tambores y platillos los gestos cada vez más mordaces del director. Había hecho un redoble de tambor con cada uno de los disparos del director que fue muy apreciado por el público mientras prorrumpía en su pum pum pum previo a un verdadero estallido de alborozo.

12

Con la música a otra parte, le vino a las mientes, irse con la música a otra parte. Había leído alguna vez que la verdad era el auténtico principio de la música, y que si ésta conmueve no es tanto porque complazca el oído como porque expresa las verdaderas tonalidades afectivas del alma. Eso es, porque su objeto es el alma. El alma, se repitió, y hasta a él mismo se le antojó ya todo un poco ridículo. Pero si el alma está hoy desfigurada, se dejó continuar, si ya no es más que su propio espectáculo o su farsa o bien ya no es nada y a lo mejor,

puestos a pensar, no lo ha sido nunca, por qué no iba a ser lo que oía la verdadera música. Se convenció y no se convenció; es decir, se convenció de que no estaba convencido de nada.

No así el nuevo director, que con todo el horizonte despejado y la muchedumbre en el bolsillo, de pie sobre el podio como había estado desde que subió a él, levantó parsimoniosamente los brazos, dio la vuelta de nuevo por los cuatro costados empapándose en lo más íntimo de la ovación desbordante que le tributaban y reanudó sus aspavientos dirigiéndose ora al coro ora a los violines que habían permanecido o a los instrumentos de viento que, casi en su totalidad, le habían seguido perfectamente el juego desde el principio. Con cada uno utilizaba un gesto diferente de la mano y cada vez la soltura de sus movimientos sobre la peana era mayor; se podía decir que bailaba en ella a su antojo como hacen sólo los actores con muchas tablas y seguros por entero de su carisma.

Hacía ya tiempo que entre la multitud habían ido apareciendo teléfonos móviles que registraban paso a paso el espectáculo, pero ahora parecía haber ya casi tantas manos que levantaban sus móviles con la naturalidad decidida de un gesto antiguo como espectadores en la plaza.

—Mira, papá, se está viralizando —le dijo Alonso—, lo están poniendo en valor, ¿no se dice así?

—No —repuso su padre—; anda, vámonos.

Pero su mujer le replicó que ni hablar, que para una vez que había algo divertido, dijo, o tal vez dijo fantástico, algo fantástico, va y te quieres ir.

—Vamos a ver cómo acaba, papi, sólo un rato más.

Buscó entonces con la vista a Lorena Gómez Frías, la profesora de piano, y luego al padre de Arturo. Ninguno de los dos estaba ya allí, pero sí Arturo, que por lo menos de lejos parecía tener la cara de estar disfrutando sin su padre. El tarambana del tío Fernando, al que distinguió en seguida, dirigía su propio coro alrededor secundando cada gesto del director de la camisa vistosa por fuera; y de la prima Clara, la actriz y revolucionaria de la familia desde jovencita, hija de uno de los alcaldes de los de antes y notable tanto por sus dotes interpretativas como por su belleza, no había que decir lo bien que se lo estaba pasando. Casi tanto como el tipo tatuado a más no poder en los brazos y el cuello que cada día veían en el bar al llegar a casa; con la lata de cerveza prolongando orgánicamente sus dedos bailaba como un tonel puede bailar sin dejar de gritar y sudar. Nada de ello le podía extrañar, pero sí un poco —aunque ya la edad le iba acostumbrando a todo— la presencia completamente desenfadada de algunos amigos, profesores sobre todo y empleados públicos, que también parecían gozar como nunca de aquella charlotada. ¿Pero por qué él no

disfrutaba también, qué veía?

De repente habían salido de no se sabía dónde el alcalde, el delegado del Gobierno y el presidente de la Diputación a más de otros presidentes y delegados o jefes de partidos que, inopinadamente, iban acercándose a la peana de dirección como para entrar en el foco de la bulliciosa y unánime atención del público. El desconcierto seguía su curso triunfal lo mismo que el regocijo de la multitud; cada músico, algunos riéndose a mandíbula batiente, otros hasta concentrados, tocaba lo que quería cuando quería lo mismo que el coro de solistas en el que algunos, queriendo sobresalir sobre los demás, se desgañitaban en medio de una algarabía de todos los demonios. Pero pronto el director se detuvo en seco de nuevo y de nuevo, con el mayor desparpajo, hizo el gesto tajante del brazo de izquierda a derecha. Recibió otra tanda de sonoros aplausos y vítores —las latas de cervezas o de refrescos empezaron a volar vacías por los aires— a la que correspondió con más ceremoniosas reverencias a los cuatro costados rubricadas con más aplausos y vítores aún según iba cambiando de lado.

Satisfecho, se irguió entonces todo lo que pudo —se diría que había crecido durante su actuación—, miró con ojos enfervorecidos y desafiantes al público y, acto seguido, parsimoniosamente, extendió el brazo derecho todo lo que le dio de sí —el dedo índice decidido hacia delante y el pulgar hacia arriba, los otros tres plegados hacia dentro de la palma— y fue dando repetidas sacudidas a la mano que apuntaba con precisión a unos y otros a la par que los disparos —pum pum pum coreaban al mismo tiempo que Alberto redoblaba su tambor — salían en todas las direcciones posibles, a derecha y a izquierda, delante y detrás y arriba y abajo, dejando como consecuencia un reguero de cadáveres que, antes de hacer como que caían, se retorcían un momento exhalando gritos indistinguibles de dolor o de júbilo. Las latas de refrescos por el aire eran como los casquillos de las balas que vuelan a discreción por todas partes tras las descargas de fusilería, y algunas de esas partes, como suele ocurrir en todas las batallas, eran las cabezas de algunos de los congregados.

Nunca pensó que podría llegar a asistir a una algazara como aquélla; nunca, en su magín tan poblado, hubiera podido imaginar a tanta gente de tan diversa índole y condición dejándose llevar tan a las claras, aceptando sin rechistar aquel cambiazo y disfrutando con tantos gritos y tanto ruido. Aquello no parecía poder tener límite sino con el agotamiento del director, pero ni por asomo se vislumbraba la menor señal de cesión; al revés, cuanto más tiempo transcurría más entero y pagado de sí mismo y de la muchedumbre parecía.

La tarde ya estaba cayendo, hacía rato que los últimos rayos de sol habían abandonado la plaza y la luz de las farolas del alumbrado

público habían hecho acto de presencia. Era uno de esos momentos en que la nueva luz artificial todavía no alumbra lo suficiente y la vieja claridad del día está ya dejando de hacerlo, esos momentos del aún no una cosa y el todavía un poco la otra.

—Vámonos, vámonos ya —repitió ahora ya con más apremio a Mari Mar que a su hijo.

Pero le pareció que ella le había mirado un instante de refilón con ojos enemigos; no buscó los del hijo.

—Yo me voy ya —acabó por decir con aire derrotado—, ya no puedo más, vosotros haced lo que queráis.

13

Se fue escabullendo como pudo entre el público al que no sabía si era él quien empujaba más o bien de quien recibía más empujones. Algunos, destempladamente, casi con violencia, le reprocharon que les incomodara al marcharse, y hubo quien le echó en cara a voz en grito que se esfumase justamente ahora que estaban asistiendo a un verdadero acontecimiento e iba a empezar lo bueno. Lo bueno, dijo, y él, sin saber tampoco por qué, tradujo: el horizonte inesperadamente nuevo y hasta a veces completamente inimaginable de lo que pueden dar de sí las acciones y las pasiones humanas.

Al final ganó ya un trecho sin aglomeraciones en una de las calles que desembocaba en la plaza y subió por la misma cuesta por la que había visto antes marcharse al director cesado seguido de algunos de los músicos. Al término de la cuesta había unos arces en una plazoleta que el aire que ya se había levantado agitaba de un modo extraño y burlón. Emitía entre las ramas un sonido extranjero e incomprensible cuya traducción no le era ahora de ningún modo hacedera porque carecía por completo de gramática alguna que pudiera valer; tal vez era sólo el capricho, la arbitrariedad, el azar o la ironía de la naturaleza, incluso su soberbia.

Tardaron en llegar a casa su mujer Mari Mar y su hijo Alonso; qué hora sería no quiso ni saberlo. Él ya se había acostado hacía rato y fingió dormir. En la penumbra de la habitación con la ventana abierta por el calor Mari Mar supuso sin embargo que no estaría durmiendo y contó lo que había sucedido tras su marcha. Ni ella —le pareció llorosa o por lo menos afectada— se podía creer de verdad lo que había visto.

Por la ventana entraban algunos gritos de no se sabía dónde y Alonso, aquella noche y luego durante varios meses, tuvo lo que la psicóloga a la que acudieron días después denominó terrores

nocturnos. En plena noche, de repente, rompía a gritar y se levantaba empapado en sudor y temblando como un pajarillo, y él tenía que correr a abrazarlo y tranquilizarlo y se quedaba muchas noches ya velándolo. Velar, qué hermosa palabra, qué crucial.

ECHAR LOS DADOS

1

Por fin se iban a tirar ya los dados. En medio de una expectación que había ido en aumento según se iba acercando la fecha, y con los ánimos sobresaltados como consecuencia de los últimos y peliagudos acontecimientos, Carlos Fernández Zafra se levantó sin embargo aquel día también muy de mañana, como era su costumbre, molió despaciosamente su café en grano en el viejo molinillo que heredó de su padre —una parte para él y otra alícuota para su mujer y su hijo, que se levantarían más tarde— y se dispuso a desayunar a sus anchas leyendo alguno de los artículos de prensa de los días anteriores que, como era asimismo habitual en él, solía dejarse para sopesar con calma durante el desayuno y empezar así, con el mejor pie, o por lo menos con tiento, con el ánimo ponderado, el nuevo día.

¡Pensar que de niño, y más, de joven, a lo largo de una juventud inabarcable que duró incluso mucho después de terminada, como es propio de estas últimas épocas, le apodaban en la familia «molinillo» por su constante inquietud —es un molinillo, decían, no para un momento quieto, qué culo de mal asiento este chico—, y ahora, a la vuelta de los años, de todo aquel hormiguillo constante y aquel mar de fondo no le había acabado quedando, a lo mejor simbólicamente, más que aquel objeto anticuado, caduco y herrumbroso, un utensilio risible y gastado a más no poder, manual donde los haya y más que pasado de moda como era el viejo molinillo con el que su padre había molido el café todos los días durante buena parte de su vida! La ironía le lanzaba sus guiños cada mañana para que nunca se olvidara de ella. Se lo había regalado con segundas poco antes de morir, cuando ya no se podía levantar de la cama y por lo tanto utilizarlo. Molinillo, es para ti —le dijo sonriendo al entregárselo—; ya verás la de vueltas que hay que darle a la vida para lo mismo de cada día.

La vida tenía vueltas, revueltas, daba vueltas a las cosas y a las personas y éstas tenían también que darlas y que moler, que desmenuzar lo más grueso y convertir lo más duro en lo más menudo,

en el polvo más fino, el más conseguido y el que da más sabor, el de cada momento en su momento. Le gustaba recordar a su padre, un hombre que fue en su época ya de otra época, parsimonioso y bienhumorado, ligero en muchas cosas y a la vez firme en las fundamentales, meditativo siempre. Le gustaba sacar su viejo y deslucido molinillo cada mañana de la alacena, sacar también el paquetón de café en grano que tostaba un conocido suyo y oír el arrastre del vertido de los granos hasta que llenaban el recipiente; le gustaba aplastar allí los granos con sus dedos antes de cerrar la portezuela cóncava de la cazoleta y en seguida olerlos; también el ruidillo monótono de la molienda, el runrún de los días, pensaba, el curso de las transformaciones, y luego, el aroma que se esparcía por la cocina antes incluso de poner la cafetera y de que salieran después los últimos borbotones del café ya hecho y saboreable. Cada una de esas pequeñas y aun aparentemente insignificantes manualidades, coger, verter, llenar, apretar, dar vueltas y enroscar o limpiar, eran un asidero del mundo, un ofrecimiento de materialidad y a la vez un guiño, un sesgo, actos propiciatorios donde asentar los dioses de las palabras para que no nos confundan o se confundan y vacíen.

Pero aquel día Carlos Fernández Zafra miró quizá con una comezón o un hormigueo más propios de otras épocas el molinillo de café de su padre y, sonriendo, sonriendo con dificultad en un día tan relevante como aquél, pensó o más bien se preguntó —¿no es preguntarse pensar?—: ¿de qué dependen los cambios?, ¿de una acción prolongada en un sentido sobre una serie de resortes?, ¿de alguna ley que siempre tiende a escapársenos?, ¿o bien del azar? ¿Y el azar y la ley y la acción qué son?

2

Concluido el desayuno, con más sosiego si cabía no sólo por ser festivo sino por ser el día que era, y con el ánimo bien dispuesto, se vistió acorde a lo señalado del día y se dispuso a salir de casa —su mujer y su hijo, ya universitario, irían por su cuenta cuando quisieran—. Llamó al ascensor y, al ir a entrar, casi, o sin casi, se vio atropellado por un vecino que por los motivos que fuera no quería perderse la carrera del ascensor por nada del mundo. Vaya maneras, pensó —pero no se lo dijo— al verse empujado así por las buenas al fondo del habitáculo. Fue el otro en seguida el que habló, pero para decir «bueno» en voz alta, «bueno» y no por ejemplo dispense, perdone o incluso perdona, mientras su corpachón tanto como sus movimientos se hacían con casi, o sin casi, todo el espacio de la reducida caja del

ascensor. Un verdadero hombrón, sí señor, ansioso ya de buena mañana, al que había visto otras veces en el rellano o el portal pero con quien todavía no había entablado nunca la menor conversación por muy de conveniencia que fuera; hola y adiós como mucho en el breve período que al parecer llevaban de vecinos. «El teléfono, el maldito teléfono que no sabe nunca dónde lo deja», siguió diciendo en voz alta, que resultó altísima allí dentro del cubículo, mientras cruzaba el brazo de parte a parte para presionar con sus dedos gordezuelos, como choricillos, también por el color, el botón del cuarto sótano sin que le importara lo más mínimo la voluntad de su accidental compañero de ascensor al que casi había atropellado o sin casi al entrar.

Era tan grandullón —aunque, claro, de eso no le cabía ninguna culpa, era su naturaleza— que no le dejaba más que un pequeño resquicio en el rincón del elevador donde, amorrado en parte contra la pared del espejo y en parte contra la perpendicular a ésta, como si fuera un ángulo más que una persona, por poco no podía siquiera ni posar sus dos pies en el suelo. ¿Pero hago pie en realidad?, se dijo mirándose con un ojo en el espejo sin saber lo que veía. Aquello era absurdo, ¡cómo podía verse en una situación como aquélla justamente un día como aquél y sin comerlo ni beberlo! ¿Significaría algo?, ¿significa algo el absurdo?

Repasó: estoy en un sitio cerrado contra la pared —más bien contra las paredes, se corrigió—, no me han dejado casi espacio o sin casi y no sé siquiera si en realidad hago pie; tampoco voy a donde quiero ir, si es por eso, ni he dicho todavía esta boca es mía. Y una cosa más, pensó: ¿este momento es sólo este momento o es casi otra cosa o sin casi?

Con personas así, es verdad, qué difícil es tratar —se dijo—; tienden a ocuparlo todo, el espacio, las palabras, los tiempos, la capacidad de decisión; cuando vas a hablar o a moverte, ellos ya te han tomado la delantera y no te queda más que agachar la cabeza y seguirles sin rechistar. Está en su naturaleza avasallar, con intención o sin ella, pero siendo así, siendo así como era, no había más remedio que tomar cartas en el asunto y ponerse por lo menos a la defensiva, ya no más que para que no lo acabaran por aplastar por completo y poder encontrar al menos un hueco respirable «sin molestar ni ser molestado», como decía siempre su padre y a él le molestaba un poco su insistencia.

—Ni te he preguntado adónde ibas, ja ja —dijo, todavía sin un atisbo de disculpa.

—Así es.

Ahora ya sabía por lo tanto que no se iba a disculpar, que aquello no le parecía mal sino probablemente lo normal, que así se

comportaba y así, si no había cambios, se seguiría comportando. Un hombre echado para adelante, ironizó para su fuero interno.

—Pedro Velarde, abogado, creo que somos vecinos —dijo con firmeza de pata de elefante mientras le tendía una mano que él no pudo atender desde la posición que ocupaba en su rincón, o casi, más que con un ademán de volverse.

Unos apabullan, pensó, y otros a lo más que alcanzamos es a amagar y a tragar saliva. A ver si va a ser así con todo, rubricó pensando con tristeza en el día que era, pero sin que su serenidad se viese en el fondo afectada. Muele, molinillo, muele, y demos las vueltas que haya que dar.

3

No había bajado nunca al cuarto sótano, y ni siquiera imaginado su existencia, pero allí se encontraba ahora. Su cochera y su trastero estaban en el primer sótano, adonde aún entraba luz natural por unas claraboyas, pero el cuarto, al que salió impelido sin poder evitarlo por el impulso del hombrón nada más abrirse la puerta del ascensor —casi lo había levantado en vilo para situarlo ante al puerta y empujarlo enseguida hacia fuera—, era, más que oscuro, decididamente tenebroso. Unos pocos fluorescentes, sucios a más no poder y moteados en toda su superficie por lo que parecían mosquitillas pegadas, arrojaban una luminosidad mortecina aquí y allí entre los grises muros de cemento armado. Vio en ellos toda una colección de grafitis, negros en su mayoría pero también de muchos más colores, algunos de los cuales, pero sólo unos pocos, eran incluso legibles. «Puta mierda», leyó entre otros muchos garabatos indescifrables, «aaggg, me muero pero qué a gustito» —el qué acentuado lo puso él mentalmente—, y un poco después, «¡a tomar por culo todo!», «yo me cago y me meo y con mi mano me la meneo». Por un momento le pareció haber leído también «viva Hegel», pero tenía que haber sido una falsa impresión.

Aquello tenía mil intríngulis, huecos y más huecos de aparcamientos en lugares inverosímiles y oscuros carriles zigzagueantes entre un bosque de columnas pintarrajeadas y desportilladas ya en muchas de sus aristas. Algunos vehículos, viejos y llenos de polvo y ya también de pintadas, parecían no haber salido de allí en muchos años; se fijó en uno plateado que, sin una de sus puertas, tenía los asientos destripados y chamuscados, y su parabrisas apedreado se le antojó como un mapa incomprensible. A su alrededor, y también dentro de él, había tiradas una porción de latas de cerveza

de distintas marcas, a una de las cuales le dio repetidas patadas el hombretón que le iba empujando cuando se detenía. El eco de las patadas a la lata vacía era ensordecedor y retumbaba por todos los rincones de aquel inmenso sótano; parecía que, tras cada puntapié, cientos de personas se pusieran de inmediato a su vez y como imantadas a dar otras tantas patadas a otras tantas latas vacías por todas partes produciendo un pandemónium de mil demonios. La acción sobre el vacío en el vacío, se dijo, y volvió a pensar aturdido en el mapa incomprensible del parabrisas apedreado.

Como no le siga no sé si voy a saber salir de aquí, pensó sin embargo al cabo de un rato, molesto después de todo no sólo por el ruido sino por los empujoncitos que el hombretón le daba de vez en cuando para que aligerara el paso. Tal como estaba aquello, no le hubiera extrañado si se hubiesen encontrado viviendo allí seres del subsuelo o extraños animales —alguna rata ya le había parecido ver correr—, o si se hubieran dado de bruces con raras salas de máquinas o timbas de juegos prohibidos, con oscuros almacenes de sustancias ilegales o refugios de lo que fuere y de quien fuere. Con no ver cadáveres me conformo, pensó sonriendo forzadamente.

—Le digo que deje el teléfono siempre en el mismo sitio, pero como si nada. Diez años llevo diciéndoselo. Pues ya está, en un día justamente como éste en que hay que estar al pie del cañón y sin perder comba, en que hay que mandar mensajes sin parar, pasar consignas y recibir instrucciones…, pues ya lo ves. Yo soy feminista, muy feminista, muy pero que muy, pero siempre estamos en las mismas…, ya lo ves, no hay más que verlo.

Muy pero que muy, se quedó con eso. Era verdad, hoy mucha gente, o muchos más que muchos —pensó—, es muy pero que muy. De qué, daba igual en el fondo, porque lo importante es serlo muy pero que muy de lo que sea. Con ligeras variaciones, su vecino repitió lo mismo tres o cuatro veces, como una cantinela. Aquel hombretón tan arrollador era hombre dado a las cantinelas, según se echaba de ver, a los eslóganes, a las frases hechas, a recibir y dar órdenes. «Siempre pero que siempre en las mismas, no hay manera…, ya lo ves», dijo de nuevo, y su voz resonó con un extraño eco burlón, como si rebotara sobre sí misma igual que una lata vacía contra una columna de aquellos enrarecidos andurriales subterráneos cuya magnitud y tortuosidad nunca hubiera podido sospechar. «A veces no hay como dejarse llevar para descubrir cosas que, de no ser así, probablemente jamás se hubieran conocido», reflexionó. Claro que a lo mejor era también una forma de justificar su falta de iniciativa y determinación, pensó asimismo sin saber a qué carta quedarse. Porque, en cualquier caso, tampoco entendía por qué no podía poner fin a todo aquello y negarse en redondo a que lo llevaran de aquí para

allí como un dominguillo sin consideración alguna de su voluntad. Aquel hombre le impedía hacer su camino y lo llevaba como del ronzal por aquellos sótanos, eso era un hecho, empujándolo a veces y a veces sin necesidad ya de hacerlo. Empiezas por dejarte dominar y luego manejar y lo que sigue es que te zarandean y ya no sabes dónde va a acabar nada. Es lo que pasa: la falta de consideración ajena empieza a minar al otro por dentro y a hacer que merme su voluntad y no piense ya ni en rechistar educadamente o hacer amago de nada. Por eso era menester oponer resistencia cuanto antes, resolvió, aunque también viera que su resistencia estaba muy ocupada en resistirse a sí mismo, no sabía cómo explicárselo. Después de todo, tan sólo para dejar constancia de la mera presencia de uno como ente autónomo se necesita un montón de energía que se gasta sin embargo en buena parte en una sorda lucha interior.

—Aguanta esto —dijo taxativamente el hombrón mientras le tendía, casi hundiéndoselo en el estómago, un paquete de mediadas proporciones que contenía algo pesado.

Lo había sacado del asiento del conductor de su coche, al que por fin habían llegado, un vehículo de importación de gran cilindrada de esos ante los que no tenías que agacharte humillándote al entrar sino que sólo te subías a ellos y luego ya mirabas a los demás desde arriba.

Sin otra opción, sostuvo el paquete mientras el hombrón abría una por una todas las portezuelas del coche, se embutía en él por cada una de ellas gritando «nada, aquí no hay nada», y luego repetía lo mismo con otro coche de similar cilindrada que estaba aparcado en un hueco cercano, pero al que se accedía a pie por unas escalerillas oscuras en uno de cuyos escalones se erguía una cochambrosa fregona con un cubo de agua negra que Carlos Fernández Zafra, no sabía por qué, se detuvo a contemplar largo rato.

—Me está usted empujando —rompió por fin a decirle sin dejar de sostener con ambas manos el paquete que ya empezaba a pesarle.

—Te duermes; y así no vamos a llegar nunca.

—¿Llegar adónde?, ¿adónde quiere llegar?

Le pareció oír una risa sardónica, pero no hubiera podido asegurarlo. A su padre —muele, molinillo, muele, y demos las vueltas que haya que dar— no había nada que le molestara más que una risa sin alegría, una risa amarga o maligna o sarcástica; le ponía malo, es como si a la mejor fruta le echas veneno, decía.

4

Subieron y bajaron medias rampas que empezaban en rincones

incomprensibles y acababan en otros todavía más tortuosos y oscuros, y en uno de los planos intermedios, indefectiblemente poco o nada iluminados, le espetó de pronto que a ver si es que no iba a poder con un peso tan liviano. «Venga, que no se diga, hombre», oyó, y después: «Blandengue, que estás hecho un blandengue».

No le parecía haber dado muestras de cansancio o de queja, pero irguió el tórax y apretó el paso. Ahora iban siempre en fila india, y con el hombrón ora delante de él ora detrás, pero arreglándoselas para marcar el paso por entre dos hileras de coches que dejaban el espacio justo para pasar de uno en uno con cuidado, esquivando columnas cada dos por tres.

De uno de esos vehículos, también de buena cilindrada, se abrió de pronto delante de ellos una portezuela de la que después no salió nadie. «Anda, trae, que no vales para nada», le dijo arrebatándole el paquete y haciéndole tambalear antes de adelantársele —tú quieto ahí, le espetó cortante— y acercarse a la puerta abierta. Allí, bajo un fluorescente que parecía roto a bastonazos, entregó el paquete y recibió algo, no pudo ver qué. El hombretón en seguida se dio la vuelta —se cerró la portezuela a su espalda— y volvió sin decir esta boca es mía sobre sus pasos. «Ves qué fácil, ja ja», dijo mirándole y volviendo a empujarle.

Si me dejo, pensó justificándose, es porque tengo que salir de aquí; imposible yo solo por mi cuenta. Hay circunstancias, y las ha habido siempre, en que, para salir de ellas, es menester la colaboración hasta con tu peor enemigo, aunque todavía no hubiera pensado que pudiese tratarse en efecto de un enemigo.

Estaba sumido en esos pensamientos cuando oyó cómo aquel coche echaba ruidosamente marcha atrás y, tras una maniobra en que debió de dejar marcados los neumáticos en el suelo, desaparecía poco menos que de estampida. No entendía qué necesidad había de ir a esa velocidad por unos vericuetos en los que podía estamparse a las primeras de cambio y el hombrón se lo leyó en la cara.

—Nos estamos haciendo viejos, ¿eh? —dijo sonriendo a su manera.

Aquel ja ja con el que finalizaba casi todas las frases era un soniquete que se le había metido ya en la cabeza; tenía algo de terminal y amenazador, como si fuera el ruidillo que hace una serpiente de cascabel con los discos que hay al final de su cola.

Bajó la cara y siguió adelante por donde le indicaba el grandullón de su vecino. ¿Pero qué diablos estaba haciendo allí?, volvió a decirse ya con el aguante más que puesto a prueba, ¿por qué no ponía fin a aquel atropello absurdo y se plantaba de una vez diciendo hasta aquí hemos llegado de una forma clara y taxativa? ¡A quién se lo iba a poder explicar si él mismo no acababa de entenderlo! ¿Era la inercia del dejarse llevar por los acontecimientos, o bien la consecuencia de

una voluntad resuelta a la que le gusta imponerse mientras que a él le daba igual o incluso le picaba la curiosidad? ¿Una voluntad que sabe lo que quiere mientras que él lo que quiere es saber, o bien, como argüía, era sólo su exquisita educación lo que le impedía una salida de tono y hacía que se le hiciera violento cortar por lo sano y poner las cosas en claro? Si el otro iba a lo que iba, ¿qué razón había para tener que seguirle y dejarse arrastrar así por las buenas en un día además como aquél? Y encima, ¿era por las buenas o ya empezaba a ser por las malas?, ¿y cuándo empezaban, puestos a hablar así, las malas?

5

Por un recorrido que no hubiese podido asegurar que fuera el mismo que a la ida, como para despistar a lo mejor, llegaron al coche del que el hombrón había sacado antes el paquete. Le pareció un camino más largo y más accidentado, claro que ahora ya no tenía que acudir a ninguna cita y podía volver por donde quisiera, con independencia de la longitud y dificultad del trayecto. Por sí solo —se ratificó— lo más probable es que no hubiera sabido cómo desandar el camino, pero lo cierto es que allí estaban.

«Sube», le impuso su vecino. No parecía recordar ya lo que había ocasionado aquel encuentro entre ambos en el principio de todo aquel despropósito, pues no volvió a hacer la menor alusión a la búsqueda del teléfono aún no sabía si de su mujer o de su hija o de quién. «¿A que no sabes ni conducir?», le espetó ya al volante mirándole con el rabillo del ojo y soltando su ja ja esta vez algo más distanciado de la frase. ¿Cómo lo había adivinado? Siempre le había gustado ir en transporte público y andando a todas partes, y siempre lo había tenido a gala, pero para el hombrón aquello estaba claro que era una debilidad. Otra debilidad.

Aún no había acabado de ponerse el cinturón de seguridad, cuando el coche —que había empezado por ello a pitar de lo lindo— había trazado ya la primera curva cerrada a la misma inmediata velocidad suicida que su compinche de marras. A veces declinaba ir en coche por no agacharse al entrar y no tener que abrocharse un cinturón para el que no encontraba nunca la ranura adecuada antes de que el coche comenzara a pitar, poniéndole a él, una persona por lo demás eminentemente serena, equilibrada, más que de los nervios. Qué manía con que todo pite, solía decirse; ya de pequeño le costaba soportar los pitidos del profesor de gimnasia que daba la clase con el pito en la boca —entiéndase bien, decía siempre cuando lo contaba, ja ja— y hasta les cogió manía a ciertos usos o acepciones de la palabra

como «el pito del sereno», que siempre había que entender también bien, o cuando su madre, al ponerle a alguien como ejemplo, le decía que «pitaba mucho» en su pueblo o en la política o donde fuera. Todo lo que pitaba le parecía a él una marcha atrás en el desarrollo de la civilización, motivo por el cual no le extrañó nada que a la marcha atrás de los vehículos o maquinarias de tracción le pusieran su correspondiente pitido.

Se abrochó al fin el cinturón como pudo y cuando pudo, desasosegado ya por completo y cogiéndose acto seguido al agarradero de encima de la portezuela. A una revuelta le seguía otra, pero lo que no cambiaba casi o sin casi era la velocidad. Las luces, escasas y mortecinas, se iban encendiendo a veces automáticamente a medida que iban llegando a una nueva planta, pero no le daban siquiera para hacerse cargo del camino que seguían ni para leer bien las pintadas. Sólo una, clara y al parecer reciente, llegó a descifrar por completo: «Los que no saquen Seis son unos hijos de perra». A veces estaba seguro de subir una rampa, como era natural, pero al rato lo que se le antojaba era que bajaban. A ver si no vamos a acabar saliendo nunca, temió.

En un momento determinado, al tomar una curva en ángulo recto, los faros del coche enfocaron de lleno la palabra «salida» pintada con letras irregulares de mala caligrafía sobre el cemento de una columna y, debajo de ella, una flecha que indicaba la dirección. El hombrón tomó la dirección contraria y él se lo afeó: la salida es por el otro lado. «Eso es para los pazguatos y los pusilánimes», respondió en seco —se oyó después un ja ja—; «lo mejor es coger un atajo. Tiene su riesgo, desde luego, porque te puede venir alguien de frente, pero en todo caso soy yo siempre el que se le echaría encima con toda mi potencia y mi mayor velocidad y sería el otro, fuera el que fuera, el que no tendría más remedio que apartarse o joderse.» Dijo «joderse», que ya le parecía haber oído antes. «Me ha pasado ya otras veces y siempre han reculado o se han hecho a un lado como han podido, y ahora hasta tienen miedo de bajar por aquí; dejan incluso el coche en la calle, hasta cuando hiela, con tal de no aventurarse si saben que es una hora a la que puedo salir yo, ja ja.»

¿Dónde estamos?, ¿en cuál de los sótanos y de cuál de los edificios contiguos?, se preguntó ya con cierta alarma. ¿Será verdad que salimos? Volver a ver la luz del sol, las tiendas y los árboles de las aceras, las mismas tiendas y los mismos árboles que había visto hasta la víspera, le parecía un sueño, y una verdadera pesadilla lo que estaba viviendo. ¿Quién hubiera podido creerlo sólo unas horas antes?, ¿cómo hemos podido llegar a esto? Esas preguntas le sonaban; siempre se formulan tarde, y en momentos ya desesperados.

—Te llevaré a donde tienes que echar los dados, no te apures, que

veo que te apuras. Yo voy a otra sede, pero me viene a mano, y ya sabes: hoy por ti y mañana por mí, ¿o no es así?, ja ja. Ahora bien: a ver lo que te sale, ¿eh? Me entiendes, ¿no?

¿Qué tenía que entender? ¿Y cómo sabía que, al estar empadronado en otra dirección, tenía que echar los dados en una sede distinta a la suya siendo por lo visto vecinos? ¿A qué información tenía acceso y por qué? Cada vez le gustaba menos aquello; oía como un pitido de algo que no se ajusta o abrocha, un extraño pitido que indica una avería o un desperfecto grave, o bien que algo —¿la historia?, ¿el país?, ¿o bien era sólo él?— se ha puesto a ir marcha atrás de repente a toda velocidad.

6

En cuanto salgamos a la superficie y se pare, me planto y bajo de inmediato sin pensarlo dos veces, se dijo. Ya está bien con la broma. Llevaba días pensando en esa mañana, en que se levantaría temprano para desayunar sin prisas y luego iría dando un paseo a su aire y disfrutando de la perspectiva de echar sus dados como todo el mundo. Le gustaba ese ambiente festivo de civilidad y participación de los grandes días colectivos, esa atmósfera de ilusionada incertidumbre que tanto había costado conseguir en paz. Se acordaba de sus años de juventud, de su «mala cabeza» —como decía su padre— en ese aspecto, y se regodeaba ahora satisfecho con que las cosas hubieran ido como habían ido y no como él hubiese querido, pese a las preocupadas cavilaciones a las que le llevaban en ese sentido los últimos acontecimientos.

Parar —volvió a su inmediata realidad— tendrá que parar, por lo menos en la acera antes de salir a la calzada. Aunque a ver si es capaz de no hacerlo ni en ese momento, receló también; demasiado sabía ya cómo se las gastaba y qué consideración le merecían los demás. No tenía más remedio que ser precavido, que estar preparado tanto para defenderse de una personalidad que arramblaba con todo como para no dejarse tampoco engatusar. Ya le parecía estar oyendo la ristra de obsequiosas amabilidades de las que podía echar mano: que si no es ninguna molestia, que si faltaría más, que si eso y lo que haga falta…, o bien, por el contrario, las marrullerías de que se podría valer para imponer su voluntad, que es de lo que no le cabía ya duda alguna que se trataba: que a su sí no hubiera un no o un depende, que a su esto no hubiera un esto otro o un vamos a ver. Además, bastante sabía él lo poco que costaba que alguien lo sedujera, lo fácilmente que se daba a razones; había bastado poco antes que el hombretón dijera, no

recordaba a santo de qué, las palabras «pazguatos» y «pusilánimes» para que se lo ganara. Es verdad que luego lo había fastidiado todo diciendo «joderse» o «jodido» o algo así, no recordaba ya. Se pirraba por las palabras, se desvivía por una palabra bien dicha, precisa, significativa, y cualquiera se la podía dar con el queso de unas palabras ingeniosas o certeras, poco usadas o simplemente bien puestas o sonoras. Pero lo que estaba en juego —eso sí tenía que recordar—, lo que creía notar que estaba en juego era ya algo mucho más importante.

Hay personas que, si no se imponen a los demás, les parece que no son nadie; sólo son o parecen ser si los demás no son. Para ellos ser es imponerse, arrollar, mantener erre que erre su opinión o su voluntad a toda costa y a machamartillo, eso, a machamartillo, qué bien dicho, plas, plas, el clavo remachado hasta el fondo a golpetazos inapelables y sin contemplaciones de ningún tipo. Oír otros pareceres, otros matices o perspectivas, ampliar el campo de visión o contrastarlo, o bien hacer sencillamente caso a los hechos en sí les saca de quicio. Antes morir que cambiar de opinión o apearse del burro, como decía su padre. Se empieza no dando nunca el brazo a torcer para cosas de poca monta, no reconociendo nunca una razón al otro, y se acaba por no reconocer al otro como tal y por considerarlo invisible para empezar, eliminable en último extremo. Y a los últimos extremos se llega poco a poco; aunque puede que también —se corrigió— no tan poco a poco. Por eso estaba tan preocupado de un tiempo a esta parte.

«El brazo a torcer»; Carlos Fernández Zafra se quedó con aquella expresión. ¿No era genial —pensóque, en nuestra lengua, no reconocer uno las razones del otro se pudiera expresar diciendo «no dar su brazo a torcer», como si conceder o admitir otra posición o idea o visión fuera igual que dejarse dislocar un brazo? ¿Tan corpóreas, tan parte de nosotros mismos son las ideas? El lenguaje nos dice, rubricó. Pero bueno, bueno, para el carro, se dijo, a lo mejor estaba corriendo mucho también él por el laberinto de sus cavilaciones; le gustaba poner a correr sus razonamientos, sus suposiciones y, por desdicha, también sus temores. Los temores tienen las patas largas, solía decir su padre, van dando zancadas.

Cabía suponer por el contrario que el hombrón se diese ya cuenta de que en efecto se había sobrepasado, que una cosa es tener una personalidad impulsiva y arrolladora —su físico además la corroboraba— y otra arrollar todo el rato. Y así podía ser de hecho, porque de repente, como queriendo congraciarse con él y distraerle, cambió intencionadamente de tercio y se puso a hacerle confidencias que, por otro lado, ni le había pedido ni podían interesarle menos.

—Tienes un hijo, ¿no? Yo —y subrayó el yo— cuatro; cuatro hijos con cuatro mujeres distintas. A cada una el suyo. Una mujer, un hijo;

otra, otro hijo, y así hasta cuatro. A cada una le he dado su hijo. Igualdad, divino tesoro. A ésta no, a la del móvil que se lo deja por todas partes aún nada. Ya llegará, ya llegará; por ahora sólo me la follo y ya está, pero me la follo todo el día y por todos los lados, ja ja.

Un poco azorado seguramente por lo soez y presuntuoso del comentario, Carlos Fernández Zafra se puso a pensar sin embargo, mientras subían las que parecían ser por fin las últimas rampas del sótano, en «todos los lados» y en «follar por todos los lados». Pensó en los orificios, en todos los orificios, concavidades, resquicios o agujerillos follables «todo el día». ¿Se la follará también por la oreja —elucubró—, por la oreja por la que entran los sonidos y las palabras y por lo tanto también las razones aunque sean del móvil?, ¿por la oreja de un lado u oreja izquierda y por la oreja también del otro lado u oreja derecha? Pon ahora la oreja, le diría seguramente, ponte de orejas. ¿Cómo será follar una oreja —trató de imaginar—, follarse a la derecha y luego a la izquierda o al revés, primero a la izquierda, eso, y enseguida asimismo a la derecha sin saber bien por cuál empezar? Una y luego otra, claro, una y luego otra. ¿Y la nariz? Follarse los orificios de la nariz por los que salen los mocos y los sapos y a veces también sale sangre debe de tener narices, se dijo a ver si se hacía gracia, pero no supo ya si sonrió.

Me pierdo, me pierdo por un juego de palabras, y ahora es la palabra la que está en juego, se replicó debiendo de hacer algún gesto externo de contrariedad a la vez a juzgar por la reacción inmediata de su acompañante.

—Espero no haberte ofendido —dijo el follador igualitario—, hay mucha alma de cántaro por ahí.

Cántaro, pensó enseguida, alma de cántaro, persona ingenua, incapaz de hacerse cargo, pero también de sentir entusiasmos o emociones intensas. Las palabras son «pero tambienes», se dijo, «pero tambienes» y «aunque tampocos». Él, Carlos Fernández Zafra, Zafri para sus amigos, no era ingenuo ni en la primera de las acepciones ni en la segunda, pero el entusiasmo lo ponía sobre todo en las palabras, en la acción de las palabras, en la ética de las palabras. Había aprendido que, siempre que se dirime o está en juego algo decisivo, lo primero que seriamente entra en juego es la palabra. Lo primero que se daña, que se agusana, lo primero que se engolosina y ahueca, lo primero que se echa a perder.

Un hombre de palabra, se había desvivido su padre por enseñarle, tienes que ser sobre todo un hombre de palabra: si dices, haces; si dices una cosa, haces lo que has dicho y no otra cosa, cumples, cumples con las palabras, que es una forma de cumplir contigo; y si haces una cosa y no la otra, dices lo que has hecho y no lo contrario, cumples con las cosas y cumples contigo. Luego todo se complica y

nunca es fácil, solía añadir, pero las bases son las bases y todo empieza por su base y se mantiene sobre su base. Su padre tuvo en vida muchos problemas por intentar cumplir con esa lealtad a las palabras y las cosas, pero cómo sonreía cuando sonreía… Su sonrisa era algo así como el baremo de la veridicidad.

7

El vehículo giró una vez más casi rozando una columna muy mellada en una de sus aristas —¡cuántos coches no habrán salido de aquí con su buen rasponazo!, pensó— y, tras la revuelta, de pronto se percató de que empezaba a ver por fin la luz natural que entraba por las claraboyas. Efectivamente estaban en el primer sótano y, más aún, estaban saliendo. Sintió un alivio tan grande que de repente se le olvidó todo; ya pasó, ya pasó, se decía mientras el corazón le daba un pequeño vuelco de alegría. Los alivios repentinos tienen eso, que hacen que se olviden los trances más apurados casi en el acto. Ha sucedido incluso con los peores derrumbaderos de la historia, pensó, ¿otra vez la historia? Muele, molinillo, muele, y demos las vueltas que haya que dar.

En seguida el coche salió del sótano a la acera y, en un abrir y cerrar de ojos, la atravesó como una exhalación sin detenerse a mirar si venía alguien por ella, o eso es lo que le pareció. Por fortuna no pasaba nadie en ese momento. Ya en la calzada, frenó en seco para que acabara de pasar el coche que estaba pasando y en seguida, sin esperar a que lo hiciera el siguiente —que se detuvo a su vez también en seco pitando acto seguido—, cruzó directamente al carril de en medio atravesándose asimismo ante el vehículo que circulaba por él. La maniobra le hizo sujetarse de nuevo en el agarradero superior de la ventanilla y estupefacto, sin capacidad de reacción, pensó que cómo le iba a decir ahora que se detuviera un momento para apearse.

El otro desde luego ni se inmutó, estaba hecho a que los demás se apartasen o se pararan de golpe ante su empuje como lo más natural del mundo y por la cuenta que les traía. Hacerse a un lado ante el más fuerte, achicarse o escabullirse frente al matón, tratar de pasarlo todo por alto y procurar salir indemnes personalmente hasta el momento inminente en que te arrollan. Buen negocio, buen negocio, pensó achicándose.

—Yo pensaba ir más tarde, pero no te preocupes, te llevo a echar tus dados y así voy yo también luego a mi sede y me quito de un cuidado —dijo el hombrón con la misma decisión empleada en su maniobra y subrayando, con algo de retintín según le pareció, el «te»

de «te llevo» y el «tus» de «tus dados».

¿Cómo iba a decirle que se lo agradecía, pero que él prefería ir dando un paseo para estirar las piernas? Es más, que necesitaba estirar las piernas, caminar, respirar aire fresco y… sobre todo decidir por su cuenta, eso, decidir por su cuenta. ¿Pero adónde habíamos llegado? Todo aquello —¿pero «aquello» qué era?— le impedía por completo expresarse, encontrar las palabras, el tono, la decisión, encontrar el momento y el lugar para decir siquiera esta boca es mía. Ahora iban a toda mecha por la avenida —¿por qué había utilizado la palabra «mecha» y no por ejemplo «pastilla», «a toda pastilla»?— y desde luego no era lo más conveniente distraerlo con ninguna discusión, eso era palmario. Ah, él considerando siempre la conveniencia general de cada cosa y el otro aprovechando siempre cada cosa para su conveniencia.

Pero en éstas, de repente, desde el bolsillo interior de su chaqueta, allí donde se guarda lo que con más celo se desea guardar, por ejemplo la billetera, sonó a todo volumen la musiquilla de un teléfono móvil. Tanta tatanta, tanta tanta tanta, tanta tatanta, tanta tanta tan. Sonó un par de veces y Carlos Fernández Zafra pudo percibir a las claras en el rostro del hombrón, que ahora veía por primera vez a la luz del día, un rictus de alarma o por lo menos de estupefacción.

—Ahora mismo vuelves aquí desde donde estés y me traes el móvil, ¿has entendido?, ahora mismo —gritó más que dijo una voz femenina sin dejar luego la menor posibilidad de respuesta antes de colgar.

El hombrón pareció encogerse de pronto. Fernández Zafra lo miró, lo miró incluso no con el rabillo del ojo como hasta entonces sino de medio lado, y le dio la impresión de que ocupaba menos espacio en el coche, de que se había contraído, comprimiéndose hasta el punto de que incluso la palabra «hombrón» con la que lo había denominado todo el rato para sus adentros le venía grande. Así que el móvil no estaba en el coche ni en ningún otro sitio sino en el bolsillo interior de su chaqueta, en lo más íntimo, allí donde sólo él podía haberlo puesto para lo que fuera en un día tan señalado como aquél.

Encogido, se había encogido como una prenda al lavarla, y demasiado se veía que el encogimiento del cuerpo se extendía a toda su capacidad de acción. El follador por todos los lados todo el día, el follador que no dejaba un resquicio ni un solo orificio, ahora cogía el volante con las dos manos como si se agarrase en él sujetándose y el volante lo dominase por completo y no a la inversa como antes. Se veía que había perdido el atrevimiento y la desenvoltura, y que hasta los volantazos, tan arrogantes no hacía nada, eran ahora de repliegue y como apocados.

¿O bien eso era sólo lo que él quería ver?, ¿o bien —se replicó— lo

que llamaba encogimiento y retracción no era en realidad sino pura concentración, la áspera concentración caviladora de quien necesita tramar a toda prisa algún plan, retraerse y dar un paso atrás para calcular mejor la insolencia del siguiente zarpazo? ¿No tenía la mirada perdida a lo lejos en el movimiento incesante de los coches que le impedían cambiar de sentido a su capricho y seguir haciendo, como decía siempre su padre, de su capa un sayo? Le hubiera gustado oírle ahora; seguramente le saldría una vocecilla pacata, modosa y falsa a más no poder, como apaleada y timorata que, sin embargo, al primer escollo con algo que no le diera la razón o no le devolviera la imagen que de sí mismo pretendía dar, reventaría *ipso facto* sus mesuradas costuras para dejar que irrumpiera a borbotones la ira procelosa que de seguro le rugía por dentro, la sangre sibilina y marrullera que, si sus conjeturas no eran ociosas, inunda invariablemente en esa índole de personas cada milímetro de su sistema circulatorio impregnando hasta la última célula de su cuerpo.

Le había salido una parrafada interior digna de un trágico, y se felicitó por ello. Pero fuese como fuese, lo cierto es que aquél era el momento, que tenía que aprovechar el momento y lo aprovechó. Apenas el otro disminuyó la marcha y se detuvo para cambiar de sentido aunque estuviera allí prohibido, Carlos Fernández Zafra se desabrochó a escape el cinturón de seguridad del coche, que empezó a pitar, abrió la portezuela y se lanzó entre los coches que circulaban. Los cláxones de los vehículos, más que producirle alarma o susto, le parecieron de celebración. Se había liberado, se había liberado por fin, y ahora sólo tenía que salir de allí ileso; nada del otro mundo cuando uno recobra su libertad de movimientos.

Una vez que hubo ganado la acera, satisfecho de sí mismo y pasado el apuro, aún pudo ver al coche que seguía tratando de cambiar de sentido con los intermitentes puestos. Le parecía ahora también un coche cualquiera, no de gran cilindrada ni del empaque arrollador que tenía, sino simplemente un coche de alguien en aprietos, de alguien que tenía que echar marcha atrás, que tenía que desandar lo andado antes con tanto desparpajo y desfachatez y pedir disculpas, hacerse perdonar. Estuvo a punto de que le diera pena; las perspectivas lo son casi todo, creyó pensar, las situaciones concretas. Resultaba ahora que la horadada, la por todos lados follada le iba a poner las peras a cuarto. Aunque a lo mejor el hombrón encogido las pagaba siempre a ese precio y su desfachatez tal vez no fuera más que la otra cara de su encogimiento. Lo de siempre, lo de siempre de nuevo que parece nuevo.

Se encogen y dilatan e incluso se hinchan sobremanera las personas según las circunstancias, y hasta el hierro, con toda su firmeza, se encoge y se dilata con el frío o el calor de las mismas. Pero

él había tomado oportunamente su decisión y ahora estaba libre, libre y contento, y todo aquel apuro y aquel percance absurdo —¿pero cómo había sido posible?— no podrían por menos que redundar en una mejor puesta a punto del ánimo ponderado con que uno debía conducirse en un día tan señalado como aquél. ¿Aquilatar?, ¿se podía llamar a eso aquilatar el ánimo?

8

No había creído notar, ahora que lo pensaba, ya a sus anchas y por su cuenta, que el hombrón hiciera al final el menor gesto para retenerlo en el coche. Una vez vencidos —observó—, ya no son nada, un guiñapo, un pelele, aunque mejor será que no tengan muchas posibilidades de volver a las andadas porque los peleles agarran en cuanto pueden un garrote. ¿Pero cómo le había costado tanto actuar, decir aquí estoy yo, esto pienso y esto hago?, se preguntaba de todas formas andando ahora a su albedrío por la ancha acera; ¿cómo cuesta tanto dar con el momento adecuado, con la sazón oportuna, ni antes ni después, para tomar una decisión? ¡Ay los «o bien», los «pero también», los «por una parte esto pero por la otra esto otro», el escrupuloso vaivén reflexivo de las indecisiones —especulócuando el invasor está rompiendo el cerco y entrando ya a saco!

Aire, aire, ir caminando a nuestro aire y respirar, que nos vaya dando el sol y el aire y respirar y, si no hay sol y lo que hay es lluvia, pues que nos vaya dando entonces la lluvia y el aire y respirar también, tan sólo respirar, tan sólo ir caminando y respirando porque respirar es el fondo y es también la forma de cada paso, su base y el ritmo y el contraste, el fuelle y el motor, el alma. Respirar, ah, respirar hondo, respirar a tus anchas, respirar con calma, respirar sin que nada ni nadie te encoja el ánimo e impida que el aire entre soberanamente en tus adentros y los transforme, los airee, los llene y luego vacíe, pero con un vacío en el que ha quedado lo lleno de la vida como si no fuera nada. Respirar tras un apuro, respirar tras una adversidad, tras una angustia, salir de un embrollo morrocotudo y respirar, salir de un hospital y respirar, salir de una relación embrutecedora y respirar, de una sala abarrotada, de una reunión enrarecida, de un ambiente opresivo, un percance, un ahogo, una congoja, una tensión o un atosigamiento o acoso y respirar. Respirar.

9

En una de las acacias que flanqueaban la acera, unos pajarillos —distinguió dos carboneros y un herrerillo— piaban al sol con un canto que se detuvo a escuchar. Hasta la cabecita negra de los carboneros le parecía que despedía un haz de luminosidad. El aire libre y el canto de los pájaros, pensó, el sol y las hojas de los árboles.

Mientras estaba mirando a los pajarillos, pasó una mujer muy vistosa —que no pudo por menos que distraer su atención— con un hijo de hasta nueve o diez años. Lo llevaba aún de la mano y de repente el niño, muy bien vestido al igual que su madre, se soltó y corrió unos metros hacia delante. De los dos macetones situados a los lados de la entrada de un hotel, cada uno con su pequeño acebo cuajado de frutillos rojos —los acebos a la puerta ahuyentan a los malos espíritus, se decía—, uno de ellos, el de la derecha según se miraba a la puerta, estaba ostensiblemente tumbado. Se había derramado algo de tierra y algunas bayas estaban desprendidas por el suelo, pero el arbolillo no se había quebrado. Ni corto ni perezoso, el chiquillo se llegó a la maceta, la levantó como pudo, y con notable esfuerzo también la puso en su sitio. Luego miró lo que había hecho y en seguida se volvió hacia su madre con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Pero quién te manda meterte en lo que no te importa? —le gritó la madre que para entonces estaba ya junto a él—. ¿Qué más te da a ti? ¡A ver si te vas a poner ahora a limpiar el suelo! Seguro que te has ensuciado, a ver, pero no ves que a ti ni te va ni te viene…, ya habrá quien lo haga.

Carlos Fernández Zafra vio cómo se le despintaba al muchacho la sonrisa de la cara en un santiamén, como si se arriara una bandera de golpe. Si por lo menos le hubiera mirado a él a los ojos y él le hubiera podido sonreír a su vez mostrándole su aprobación, respaldando su gesto, agradeciéndoselo incluso… Pero no fue así, el chico sólo tenía ojos para su madre, en realidad más bien para el suelo, y él no había estado al quite.

El muchacho se quedó un momento perplejo, contrariado y mirando cabizbajo con vergüenza mientras oía a su madre; luego anduvo enfurruñado unos pasos junto a la madre sin dejar de mirar al suelo y, de repente, con una furia que parecía salida de otra persona distinta, se volvió y arrancó a correr de nuevo ahora marcha atrás y, de un patadón, volvió a volcar la maceta que antes había levantado. Además de unos puñados más de tierra y de otros tantos frutillos rojos, ahora se habían desprendido algunas hojas, tersas y espinosas como son las de los acebos, y la maceta se había resquebrajado. Como si le hubiera producido el corte un sablazo y no una caída, se había abierto una brecha limpia desde el borde hasta el fondo.

La madre se echó a reír y en seguida apretó el paso rompiendo luego a correr y llevándose a su hijo como en volandas de la mano.

Por un momento oyó sus risas con la misma perplejidad con la que antes había oído el gorjeo de los pajarillos y, al pasar frente al acebo tumbado —la tierra esparcida, los frutillos rojos desparramados, alguno aún rodaba, y ahora sí, tronchado el tronco además de alguna rama—, lo observó detenidamente con una extraña fijeza y sin saber para nada qué hacer ni qué pensar. ¿Los acebos a las puertas ahuyentan qué?, trató de recordar. Luego miró de nuevo hacia el frente a lo largo de la acera todo lo que le daban de sí sus ojos y, como esperando de ese esfuerzo una respuesta por el mero hecho de esforzarse, intentó distinguir en perspectiva entre los transeúntes. Pero ya todo parecía indistinguible; no era sólo que los hubiera perdido de vista porque su mirada no alcanzaba o bien porque la distancia recorrida fuera ya mucha, era que sus ojos, más que ver, lo que ante todo hacían era preguntar.

10

¿Qué hacer era la pregunta?, ¿o bien qué pensar? Una cosa no quita la otra, le hubiese dicho probablemente su padre y ahora él le hubiera escuchado, una cosa no quita la otra sino que las dos, hacer y pensar, se alimentan y modifican recíprocamente. Pero su pensamiento perplejo no alimentaba nada que no fuera su propia perplejidad, ni siquiera la mínima acción de moverse de allí. Seguía atónito, de pie como un pasmarote, y a veces miraba el tiesto resquebrajado y el arbolillo roto —la tierra volcada, la raja que hendía en dos la arcilla de la maceta, los frutos rojos desperdigados y alguno chafado— y otras volvía la mirada hacia la acera que se perdía a lo lejos. ¿Qué puedo poner de mi parte?, dio al fin con la pregunta, ¿qué es lo que puedo poner de mi parte?

¿Puedo agacharme aquí en medio de todo el mundo, de los transeúntes que pasan de largo y van a lo suyo sin parar mientes en nada, y ponerme a recoger en cuclillas o incluso arrodillado la tierra con la mano?, ¿a echar puñados de tierra además adónde?, ¿a la maceta no ya agrietada o cuarteada o frágil y resquebrajadiza, sino completamente rota, rajada en dos pedazos desgarrados como por un hachazo o un sablazo atizado con toda intención? ¿Intención?, ¿era ésa la palabra, o bien era estupidez, crasa estupidez? Y además, la maceta, esa maceta de arcilla cocida con su tierra dentro, esa maceta, ¿qué era?

Primero habría que pegar los dos trozos en que se había roto y para ello, para hacerlo con alguna garantía de éxito, tendría que vaciar antes la tierra que quedaba y sacar con cuidado el arbolillo

tronchado con todo su cepellón a fin de volverlo a plantar luego; la parte de arriba del acebo, la más espigada y vistosa, estaba echada a perder, de eso no cabía duda, pero el arbolillo en sí aún podría tener vida y volver a crecer y echar ramas. Lo más probable es que ya nunca fuera tan hermoso y esbelto, aunque a saber; pero por lo menos seguiría vivo y, según la tradición, podría seguir cumpliendo igualmente su función de ahuyentar los malos espíritus, de espantar la discordia de la casa que guardaba, de disuadir a la mano miserable de que descuelgue la vieja y herrumbrosa hacha de la pared, el viejo fusil del abuelo, y desactivar así la mirada aviesa que cargan la necedad y la envidia.

¿Pero cómo iba a poder él hacerlo allí mismo, solo y sin medios y ante la mirada de todos, que sin duda se reirían al pasar? Mira ese pobre hombre, dirían, incluso mira ese pobre idiota, ¿quién se habrá creído que es? Eso era cosa de un especialista, de un jardinero e incluso del jardinero jefe, con todas las herramientas a su disposición y el traje de faena adecuado, en horario de trabajo y en cumplimiento de sus atribuciones. Porque además con el trozo tronchado qué haría. No se lo iba a llevar con él a echar los dados. Los trozos tronchados de los árboles no crecen, por lo general no los puedes volver a plantar, no son como los pimpollos o los brotes o esquejes de algunas plantas, que los metes en la tierra y muchas veces toman y echan raíces y con el tiempo se hacen grandes y frondosos.

Podía entrar en el vestíbulo del hotel y, sin señalar a nadie, informar en la recepción de lo que había sucedido, eso sí. Pero a lo mejor estaban muy ocupados o fingían estar muy ocupados y les tenía sin cuidado lo que pudiera decirles si no iban a hacer negocio con él; e incluso podía resultar que acabaran echándole a él las culpas y hasta ahí, desde luego, podíamos llegar —pensó—. Por otra parte, era tan evidente el desaguisado, allí en la vía pública y a la entrada, que no tardarían en darse cuenta. Cualquier cosa que hiciera era arriesgarse a hacer el ridículo, a ser inútil o a cargar con el mochuelo. Ah, qué poca distancia parece que hay entre la responsabilidad y el ridículo, entre la inutilidad y la culpa.

En fin, resolvió, no había más remedio que armarse de paciencia, que tratar de no atribuirle mayor trascendencia a cuanto acababa de presenciar y recobrar el ánimo por lo menos lo justo para continuar su camino y su jornada, ya por otra parte bastante baqueteada. Estaba tan contento sólo unos momentos antes y ahora ya veía; así era la vida, demasiado lo sabía y demasiado sabía también que siempre podía cambiar de signo en cualquier momento. Así que para qué preocuparse, y menos con ese exceso de preocupación con el que, a saber por qué, él solía tomarse todo. La mañana por otra parte era deliciosa, de eso no había discusión, la temperatura templada, la luz

radiante, las muchachas de buen ver que se le cruzaban y siempre le alegraban la vista y no sólo la vista y, por si fuera poco, todos los demás árboles, que no eran pocos allí mismo; ah, los árboles, los árboles y los pájaros. Habiendo como había tantos, por qué diablos tenía que obsesionarse con uno solo, con además un arbolillo de nada. No iba a desperdiciar el tiempo amargándose teniendo alrededor ante sus ojos todo lo que tenía. ¿O es que veía algo especial en aquel arbolillo, algún significado crucial? ¡Ah, tú y tus significados!, le reprochaba siempre su hijo, que apenas le escuchaba darle vueltas a algo se daba él la vuelta y si te he oído no me acuerdo.

11

Había reanudado por fin su camino, al cabo de poco ya a buen paso, sin poder dejar sin embargo de pensar por mucho que lo intentase en el pequeño incidente del chiquillo y la madre, cuando de improviso —¿pero cuánto trecho había recorrido sin darse cuenta?, ¿llegan tan pronto las cosas cuando se tiene laboriosa la mente y a lo suyo?— paró mientes en que ya se encontraba en las inmediaciones de la sede en la que le correspondía tirar sus dados. A medida que se acercaba, un griterío de propagandas o publicidades iba sustituyendo al aceptable sosiego de la avenida por la que había venido caminando y de sus calles adyacentes. Se sucedían cada vez más las pantallas publicitarias de alta definición con imágenes rapidísimas de colores chillones y consignas seductoras o imperativas. «Saca Seis, si no ya veréis», «todo lo que no sea Seis es que no veis», oyó en unas. «Saca Dos por Dios» o «viejuno el que no saque Uno», atronaban otras pantallas con una música ensordecedora y un flujo imparable de imágenes esplendorosas, de paisajes maravillosos que sin embargo uno no podía detenerse a contemplar porque ya habían pasado cuando aún no habías hecho más que querer verlos, lo mismo que de cuerpos magníficos de mujeres magníficas y de hombres magníficos que aun teniendo él también algo en común con ellos le parecía inverosímil que tuvieran que ver con él.

Detrás o debajo de las rutilantes pantallas, si uno se fijaba —y él siempre se fijaba— se podía ver una profusión abigarrada de garabatos pintarrajeados, a veces incluso legibles. «Uno cara culo», leyó, «Dos al paredón», «maricón el Tres», y esto último lo firmaban todos los demás números.

Aturdido ya, o más bien asqueado e indignado por todo aquello, se acercó a la fila que salía zigzagueando del edificio asignado y se puso a la cola, no sin antes haberle preguntado al último, un joven alto y

bien parecido con un tatuaje en el brazo que decía «I hate the human being» —una gilipollez dicha en inglés más gilipollez es, era uno de los chascarrillos de su padre—, que si era aquélla la cola para echar los dados. Le pareció que era por su altura, extraordinaria, por lo que el joven no le habría oído y por lo tanto respondido, y volvió a formular la pregunta ahora en voz más alta y, por qué no decirlo, de forma también ya más inútil por lo que en seguida le resultó evidente. No era la altura la causa, sino el dispositivo que tenía adosado a los oídos —¿oiría música, mensajes, simple ruido a todo meter?— y que, tras un gesto despectivo en su dirección, se quitó displicentemente un momento antes de decir «¿qué?» y después, un segundo después y ya volviéndoselo a poner, «¡qué va a ser!».

Ahí quedó todo —ahí no empezó nada— y Carlos Fernández Zafra, Zafri para sus amigos, guardó cola con un ánimo al principio un poco contrariado que fue virando a risueño, a melancólicamente risueño a medida que contemplaba el panorama. Miraba a su alrededor, observaba a la gente, hacía conjeturas, recordaba…, ¡cuántas cosas pueden hacerse cuando no se hace nada! En la fila se dio cuenta en seguida de que nadie hablaba con nadie; ah, esas conversaciones que empiezan por «vaya día tan bueno o tan malo hace hoy», «a ver lo que nos toca esperar», y hasta a veces acaban en una buena amistad o por lo menos en un buen rato. Ya nadie empieza nada por nada, se dejó pensar como si fuera ya su padre. Predominaban las caras de palo, como si aquello fuera un suplicio y todos tuvieran muchas cosas más importantes que hacer, y la mayor parte reducía su relación con el exterior a atender con la mirada fija a sus teléfonos móviles —¿se podía barruntar algo bueno de cosas que se llamaban «poner «mandar *links* o *memes* o wasaps?, se preguntaba— o bien volvía los ojos hacia un interior percutido por dispositivos como el del joven que le precedía y que no había vuelto a mirarle.

¿Qué ocultarían aquellas miradas sin mirada?, se interrogó, ¿qué borrón del alma no se escondería, con sequiza altivez, tras el rechazo a relacionarse con lo inmediato? A lo mejor ni siquiera ocultaban nada, se dijo, a lo mejor ni siquiera desfiguraban o borraban nada porque simplemente ya no había nada que ocultar ni desfigurar o borrar puesto que en realidad ya no había nada, nada de nada, nada que en puridad estuviera ahí ni que estuviera dentro. ¿Dentro de qué?, y ¿ahí, dónde?

Buff, sopló como queriendo soltar presión y escapar del sentido que habían tomado sus meandros mentales, pero de repente no supo por qué se le pasó por la cabeza que, en la parte superior de una valla publicitaria digital que metía una bulla de todos los demonios e irradiaba unos colores chillones también de todos los demonios, entre otros dibujos y chafarrinones pintarrajeados con rotuladores, había

leído lo siguiente: «A tomar por culo el Espíritu Absoluto» y, firmado, «Tres».

¿Pero a qué venía eso?, ¿por qué se le había producido esa asociación?, ¿sólo por azar? En seguida hizo un gesto con la mano frente a su cara como apartándose una mosca que no volaba a su alrededor. Los pensamientos, y sobre todo los malos pensamientos, son moscas, pensó mosqueándose —ja ja— consigo mismo. Vaya, otra vez con tus jueguecitos de palabras, oía que le decía, con el consabido retintín, su hijo, y no le faltaba razón, como en su momento tampoco le faltó a su padre aunque sólo de un tiempo a esta parte empezara a verlo así. Entre el tiempo de uno y el de otro, entre el tiempo del padre y el del hijo, reflexionó, ¿le había quedado a él algún trecho de razón? ¿O la razón era sólo un contrapunto, una música coral de voces que se asemejan y difieren?

Con razón, o sin ella, siempre había dicho a quien quería escucharle que pocas veces le importaba esperar en una cita o donde fuera. Claro que había esperas y esperas, pero en general las esperas eran para él como un oasis de detenimiento en el maremágnum del tiempo, como una pausa de reposo que le daba además para toda clase de juegos con la memoria, con la imaginación y la mirada. Cuando uno espera algo o a alguien, solía decir o pensar, ese algo y ese alguien no vienen sólo del futuro sino también del pasado y del presente, no llegan sólo de después sino también de antes y de ahí ahora. Todo lugar de espera, sostenía, es un mundo inconmensurable aunque sea la sala de espera de un médico. Ah, llegar un poco antes a la cita con una amiga o un amigo en la terraza de un bar y mirar en torno, escrutar en torno y escuchar las conversaciones o entablarlas uno, estar pendiente de quién viene y de quién se va y con qué cara de preocupación o alegría, de alarma o alivio, e imaginar, imaginar sus vidas, considerar la suya, recordar los años de aquí o los años de allí, las ideas que uno tenía o los sentimientos que lo embargaban y todo para qué, para comprobar al cabo con risueña melancolía la endeblez de las unas y la futilidad de los otros, pero quizá también la inoperancia de la comprobación para el caso de que uno pudiera volver a empezar. Ah, cavilaciones, laberintos, entresijos de la mente con sus juegos de imágenes y palabras y sus plantas subterráneas y salidas a la superficie en que se le iba el tiempo volando como ahora mismo.

12

En un determinado momento, como obedeciendo a una llamada que

sin embargo no se había producido y que él temió que pudiera provenir de su vecino de unas horas antes, echó mecánicamente la vista atrás y ¿a quién le pareció ver? Nada menos que a Eli, a su amiga Elisa López Cruz, su Cruz, como él decía, amiga desde la época de la universidad y hasta novia carnal suya, por decirlo también con sus palabras, durante unos años. Eli López Cruz era una persona excelente donde las hubiera, y eso él lo pensaba y lo decía siempre, a no ser por un solo detalle, único, pero de consecuencias resbaladizas e imprevisibles: que se había quedado en la época mental y sentimental de los primeros años de universidad en algunos aspectos de bulto, por ejemplo en lo concerniente a la tirada de los dados. Gozaba de un sinfín de prendas muy apreciadas en general por quien la conocía y en particular por ella misma: era desprendida, abnegada, meticulosa hasta la premiosidad en lo que le importaba y muy dejada en lo que despreciaba, que era mucho, y su necesidad de sociabilidad era tan mayúscula que raras veces podía parar quieta. Siempre andaba metida en esto o lo otro a condición de que ese esto o aquello otro supusieran torrenteras de ratos con los demás, idas y venidas continuas, salidas de casa, tardes y noches enteras de discusiones en torno a unas copas de vino, de conocer gente y hacer pandilla, grupo, proselitismo, conciliábulos infinitos en que despotricar contra lo que fuera y contra quien fuera y, en paralelo, hacerse ilusiones sobre lo que fuera y sobre quien fuera, empezando por ella misma, pues a ella ser ilusa, crédula —yo es que me lo creo: cuántas veces no se le había oído decir—, también le parecía otra prenda de su carácter; ilusa, no había sabido él nunca si inocente o malévolamente ilusa.

A ella no es que le pareciera haberle visto sino que lo vio con toda claridad y, con toda claridad, vio también la posibilidad de llegarse donde él y de ese modo —pensó—, como quien no quiere la cosa, empezar a hablar y hablar y acabar colándose. Pero fue él quien, según luego se vería, se coló al pensarlo. Mientras la observaba venir hacia él, y observaba también en su sonrisa el efecto que le causaba la forma que él tenía de observarla, supuso que, como de costumbre, le resultaría tan grato verla y abrazarla como desalentador al cabo del rato seguir viéndola. Conservaba la desenvoltura y la energía de los mejores años —también la belleza—, pero al servicio ahora mucho más de unos rasgos de carácter que, como la inflexibilidad o la credulidad a prueba de bomba, se le habían ido acentuando y, sobre todo, poniéndose al servicio de resentimientos para él incomprensiblemente nada resueltos que le sacaban por completo de quicio, sobre todo porque su contumacia venía en el mismo paquete de su formidable espíritu —también cuerpo, para qué iba a callárselo — y teñida siempre de animosos y hasta aniñados sentimientos que él llamaba cascabeleros. Eso era, se acercaba y ya le parecía oír

cascabeles.

—A ver qué hacemos… —le dijo ella festivamente de sopetón, no hubiera sabido si antes o después o durante un abrazo que se prolongó quizá más de lo debido—. A ver qué hacemos que te conozco.

Cuando ella decía que conocía a una persona, ya estaba, la había calado para siempre y, de normal, sin posibilidad de enmienda. Era como salir de un juicio con sentencia definitiva, aunque tuviera luego para el reo toda la clase de atenuantes y condescendencias propios de la bondad de su naturaleza. Para ella, las personas y los hechos no eran personas y hechos como tales, sino personas y hechos sesgados por una de las dos vertientes en las que dividía todo siempre en la vida; tampoco eran personas y hechos más o menos, o según y cómo, o personas o hechos en un conjunto de otras personas y hechos, sino personas y hechos de una pieza y una cara y sobre todo una interpretación unívoca, fantásticos y maravillosos unos y, por el contrario, canallas y miserables otros de cabo a rabo. No había para ella ni medida ni intervalo que valiesen, ni término medio, ni medias tintas, ni tierra de nadie ni nada, zarandajas, paparruchas, toda vez que todo estaba en el fondo recalcitrantemente separado y alineado en dos bandos contrapuestos y reñidos *ad aeternum*. Lo que estaba a cada lado podía cambiar, e incluso intercambiarse por completo, pero no así la división en partes acérrimamente hostiles, de una de las cuales, faltaría más, ella era fervorosa abanderada. La hostilidad mueve el mundo, solía decir, y la hostilidad a muerte revela al que se lleva el gato al agua y tú, mi querido pazguato, tienes miedo.

Carlos Fernández Zafra, que a lo mejor es verdad que aspiraba prioritariamente a tener la fiesta en paz, como decía su padre, sabía que debía andarse con pies de plomo para no empezar a discutir con ella ya desde las primeras de cambio cuando se volvían a ver; sabía que cada palabra que utilizase y cada alusión que hiciese podían estar connotadas para ella con uno u otro de los dos lados eternamente en liza y, por lo tanto, determinar ya el decurso «zaragatero y triste» de la conversación, estropeándole el rato e incluso la alegría verdadera de volver a verla. Si quería que no fuera así, y él siempre lo deseaba, debía poner el máximo cuidado en no entrar al trapo y tener cintura, callando muchas veces y procurando no tocar ciertos temas ni emplear ciertas palabras, no hacer por ejemplo aquel día la menor alusión al mismo y a lo que estaban haciendo allí, lo que evidentemente no era fácil.

Se daba cuenta de que ese día, y durante todos los días precedentes, las palabras estaban aún más minadas que de costumbre, codificadas a más no poder y marcadas a fuego como antaño las reses de las ganaderías; eran del Seis y el Cinco o del Dos y el Uno, y para que ella entonces no torciera el gesto, lo mirara con su displicente

altivez moral de otras veces y se metiera con él con comentarios al principio irónicos y en seguida hirientes y ansiosos dichos como para la platea y no tanto para él, lo mejor era sin duda no entrar al juego, hacer oídos sordos esquivando los golpes como solía y echarse atrás buscando terrenos más neutros o fútiles. O bien conceder, conceder y sonreír y callar.

Pero eso también le mortificaba, le parecía estar escurriendo amilanadamente el bulto y huyendo justamente ante la persona que, al revés que el vecino del coche, reunía más méritos para ser apreciable, amable en su sentido más propio como ya la había amado. ¿No habría forma, forma o momento o tono o longitud de onda o frecuencia de vibración, no sabía, algo, lo que fuera, para encontrarse razonando?, ¿algo que fuese como la cuerda y el arco de un instrumento musical, dos elementos distintos y contrapuestos que se encuentran para producir, justamente por su contraposición, armonía, elevación?

La verdad es que la veía cada vez más dicharachera, más encantadora y segura de sí misma, y hasta se regodeaba en parte, igual que le ocurría con su hijo, al sentirse atacado con tanto brío por ella, con mordacidad, como ya estaba empezando a hacer, con una prestancia aplomada que, por mucho que él conociera lo que escondía, su envés ansioso y sombrío, su pequeño lodazal que era mejor no tocar para no caer quizá con ella también en él, no dejaba de ser en el fondo perfectamente disfrutable hasta que, de repente, sin saber por qué ni por qué no, comenzaban los juicios ásperos, los golpes inútilmente bajos, las relucencias ambarinas de un resentimiento larga e inútilmente cultivado y las debilidades enguantadas en puños de hierro directos al estómago que acababan abatiéndole, en todos los sentidos, y haciendo que le entraran unas ganas irrefrenables de decir vale, basta, lo que quieras, que con tu pan te lo comas, y salir corriendo en seguida abandonando todo terreno de encuentro. Un poco como hubiera querido hacer horas antes en los sótanos de su edificio con aquel vecino, pensó, y nada más pensarlo —espera un momento, le dijo ella, y se fue disparada— la vio apartarse de pronto con diligencia y llegarse donde un hombretón que estaba de espaldas y con el que pareció entablar una rápida conversación. Vaya, se dijo, y continuó mirándola.

Cuántas veces la había visto dejarle así cortado o plantado y salir corriendo; y cuántas, aunque de forma más remisa, más a regañadientes, no había salido él también poco menos que de estampida dejando una mesa puesta, una conversación empezada, una propuesta de día en común ni siquiera a medias. Pensó que era espléndida e inaguantable, atractiva e imposible; poseía un don especial para engatusar a cualquiera en los primeros momentos, para llevarse de calle al más pintado a las primeras de cambio con su

generosa simpatía de alma bella que vive de serlo y para serlo, pero en lo que duró su relación más estrecha, y luego, en los años en los que la había seguido tratando esporádicamente, nunca consiguió verle reconocer en una discusión, cualquiera que fuera su motivo o su calado, que el otro tuviera razón o por lo menos alguna razón, a no ser como estrategia para negársela más adelante en el momento decisivo o para quitársela burlonamente cuando el otro no estuviera ya presente, por no hablar de en su fuero interno, una auténtica fortaleza inexpugnable. Pero aun esa incorregible cabezonería estaba impregnada en muchas ocasiones, aquellas en las que no tomaba las riendas el jinete del resentimiento, de un encanto personal ante el que era difícil no ceder, encanto, o incluso hechizo —no había sino que ver chisporrotear sus ojos—, potenciado por esa fuerza que irradian quienes se creen imbuidos por una Idea superior cuyo primer efecto práctico es blindarles contra todo lo que no sea esa superioridad.

Pensó también que no le había preguntado por su padre, con el que ni siquiera durante su larga enfermedad había consentido en reconciliarse —esa falta de reconciliación era el motor de su carácter, había pensado siempre—, ni por si tenía todavía aquel cargo tan estupendo de funcionaria que le daba tan poco trabajo y tan buen sueldo y además le dejaba libre tanto tiempo para el cultivo de sus bríos y su mordacidad en las rivalidades —con esas mismas palabras se lo tenía que decir para que le llamara redicho como solía—. Pero de improviso la vio volver tan deprisa y corriendo como se había ido, como culebreando con cascabeles —qué hermosa estaba aun con el pasar de los años—, y vio, o más bien sintió, cómo se le echaba encima y cómo le daba dos besos, uno en cada mejilla, seguidos de uno más en los labios casi como de otra época, mientras le decía «me tengo que marchar a escape para ver a quien no te voy a decir; a ver qué sacas, ¿eh?, ¿me has entendido?» y a continuación le daba la espalda dejando al marcharse un rastro melancólico y cascabelero de juventud.

13

Eli se llevaba bien con Carmen, su mujer, o eso era lo que ambas creían, pero en cuanto las veía juntas, y estaban juntas a menudo porque además de trabajar para el mismo organismo oficial vivían en el mismo mundo interpretado, tanto a él como a su hijo les faltaba tiempo para escabullirse y hacer mutis por el foro. No era descabellado pensar que hubiese quedado ahora con ella —la había visto llamar brevemente a alguien por el móvil tras despedirse del

hombrón corpulento— y que le dejase allí plantado para irse justamente con su mujer, no le extrañaría lo más mínimo. Le encantaban esos juegos con las parejas y los amigos como a él los juegos de palabra. Le encantaba enredar, intrigar, comprometer, hacer de las suyas y de los suyos, tramar lo que fuera y aunque fuera para nada, pero llevándose siempre el agua a su molino y sin dar jamás su brazo a torcer.

Un día de hacía ya muchos años, en la época en que aún le hacía gracia y hasta le sacaba provecho a estar continuamente como el perro y el gato —él por norma el gato que mostraba un momento sus uñas y acababa saliendo escaldado y bufando—, en un momento de la comida en que habían vuelto a enzarzarse en una discusión y en el que, oh, maravilla, todo parecía indicar que, por lo que fuera aquel día, ella estaba cediendo en algo, de pronto, así por las buenas, o quizá habría que decir más bien por las malas, sucedió algo insólito y por completo impredecible: se llevó nerviosa la taza de café a la boca seguida de un trozo de bizcocho con nueces —estaban ya en la sobremesa— y de improviso se le fue por el otro conducto no supieron si el café o algo del dulce, un trocillo quizá del escuezno de las nueces o bien alguna miguilla del bizcocho, algo que era en todo caso casi nada, pero que acabó por obligarles a ir a urgencias a todo correr porque se ahogaba sin remedio. No fueron momentos fáciles y menos mal que acudieron deprisa y corriendo al hospital. Date cuenta, le dijo ella, basta un poco de saliva, un solo sorbo, una miguilla o un escoznete de nada que se vaya una sola vez por donde no tiene que ir, y ya ves lo que puede pasar; no puede una bajar la guardia un instante. Pasado el apuro, ya con la guardia permanentemente en alto, no le volvió a conocer otros momentos de condescendencia y cesión o amago de cesión.

La posterior utilización metafórica por su parte de aquel contratiempo, a no dudar a veces desmedida y ya sin venir a cuento según se iba deteriorando la relación —nada, nada, tú erre que erre, no sea que se te vaya algo por el otro conducto y te quedes ya tiesa, le decía en distintas variantes—, supuso algo así como un punto de inflexión de su vida vamos a decir en común. No hubo ya marcha atrás, sólo una pronunciada cuesta abajo hasta la ruptura final, que fue fulminante y, esta vez, de común acuerdo. Se volvieron a ver después en seguida, es verdad, incluso a ver mucho y no sólo para acostarse, pero ya nada fue lo mismo excepto las discusiones. Era como si no pudieran dejar no tanto de verse cuanto de pelearse, de estar a la greña, de querer ella ganárselo a toda costa para sus causas y él —cosa rara porque no era así en realidad más que con ella o sobre todo con ella— de continuar resistiéndose como gato panza arriba con argumentos o datos que la sacaban a ella más de quicio y le hacían

redoblar su apuesta atacándole ya en seguida por lo personal.

Cualquier cosa era motivo para empezar a pelearse a las primeras de cambio, pero a pelearse con amor, aunque con un amor quizá fundamentalmente por la pelea, por el enzarzamiento, que en algunos casos, vamos a decir en bastantes casos, se resolvía luego en espléndidas escenas de lujuria impregnadas incluso muchas veces del mayor cariño, pero eso sí, sólo como intervalos o treguas para volver en seguida a las andadas. La trifulca era al cabo para ellos como una antesala de la gloria, la trifulca como unidad de destino en lo universal, decía él, como el ser en sí del no permanente y rijoso que es lo que no es porque podría ser otra cosa —a no ser que se vaya por otro conducto, argüía él, y entonces la hemos fastidiado.

Pero poco a poco las modalidades de sus enganchadas empezaron a perder sus reglas tácitas, sus límites, su propensión, y todo se fue deteriorando cada vez más. Por mucho que pudieran disfrutar en el fondo buscándose las cosquillas, en todos los sentidos, y que entraran tan fácilmente al trapo jugando a amagar y sortear, a acometer con furia pero dejando adrede algún flanco desguarnecido que el otro tácitamente aprovechaba, los dos sabían a la perfección que había como una energía en los ataques que se había ido maleando, avinagrando, enquistando, volviendo por esos fueros ancestrales del ataque rastrero y de la pura agriedad. Agredir, embestir, arremeter con esa enrarecida energía, se convierte entonces en el eje de todo sentimiento y en lo único pensable, deseable y operativo. Lo agridulce se va volviendo sólo agrio; la tragicomedia sólo tragedia, el anverso y el reverso únicamente reverso. A la ambigua excitación y el juego ambivalente, al cabo una forma de estar juntos o cercanos, les suceden previsiblemente una displicencia y un aborrecimiento cada vez más enconados en el mejor de los casos y, en el peor, una primera e inequívoca manifestación de pura ira, la cruel, la bárbara y vil, seguida ya de un imparable y sañudo reguero de daño y desquites.

14

A todo esto, la cola, aunque larga y sinuosa al llegar, había ido corriendo. Entre unas y otras distracciones, entre el fortuito encuentro con Elisa y los recuerdos y conjeturas a que había dado lugar, quién sabe si en exceso negativos, lo cierto es que el rato de espera se le había hecho la mar de corto y, cuando se quiso dar cuenta, ya casi estaba franqueando el umbral de la entrada al edificio. El joven alto del tatuaje en el brazo se había cansado antes y se había marchado, y ahora era una mujer vestida con ropa deportiva y calzada con

zapatillas deportivas y con una cinta deportiva en el pelo de una marca también deportiva la que le precedía en la fila.

Antes de entrar, a tan sólo unos metros, aun tuvo tiempo de volverse un momento y mirar detenidamente la cola. Cada uno de sus integrantes parecía vivir a su modo el momento de tentar la suerte. Había, o esa impresión le daba, quien haciéndose cargo a todas luces de lo que estaba en juego o encomendándose a quien fuera trataba de no perder en ningún momento ni la concentración ni la paciencia —parecen tener el ánimo ponderado, observó con un sintagma que le gustaba mucho y le vendría seguramente de su padre—, pero también quien estaba allí como si tal cosa, para cumplir cuanto antes y que no se dijera, o como si nada de todo aquello fuera en el fondo con él. Asimismo estaban los que miraban cada dos por tres nerviosamente el móvil o bien en torno de reojo o incluso a lo zaíno, como pendientes de algo o de alguien que pudiera darles instrucciones o alguna señal en algún sentido. A unos, seguramente por carácter, daba la impresión de que les iba la vida en ello, por ejemplo a un hombre enjuto, atezado y ya entrado en años, un poco por detrás de él en la cola, cuya mirada inquieta se había cruzado ya varias veces con la suya; y sin embargo a otros parecía no importarles más que su impaciencia por acabar cuanto antes y lo mismo podían esperar allí su turno hasta el final que ahuecar el ala en cualquier momento. Las caras largas de preocupación o enojo —las había incluso atribuladas— se mezclaban con las simplemente festivas y sobre todo con las indiferentes, y también con las que se permitían esgrimir en su expresión un ahora es la mía, ahora os vais a enterar.

Desde que se estableció que todo el mundo, sacados los más jóvenes, pudiera entrar en suerte, cosa que costó no poco, porque antes no era así, a veces el resultado había ido bien más o menos para todos y otras no tan bien, mal o incluso muy mal según los puntos de vista, y hasta rematadamente mal. Pero ahora era distinto, pensó, ahora lo que parecía estar en liza no eran sólo los resultados del juego sino el juego mismo, el engranaje mismo del juego. Una ristra de irregularidades y trapacerías que no auguraba nada bueno, y cuyo postrer episodio había sido la aparición de dados trucados en los cubiletes para mover y tirar los dados, hacía que algunos no barruntaran nada distinto a un mal nublado. Ah, los barruntadores de nublados, los barruntadores de malos nublados en cuanto ven una nube, había oído reírse días atrás a un hombre a quien la sonrisa parecía no salirle al mismo nivel de la cara sino bajando y luego volviendo a subir.

Nada más entrar en el edificio, de extraordinarias proporciones, la cola zigzagueaba de nuevo entre pasarelas de cinta como ante el control de embarque de un aeropuerto, pero a partir de un determinado punto, como a mitad del inmenso vestíbulo, se ramificaba ya en diez filas distintas. Cada una de ellas llevaba su ritmo, como es natural que ocurra, y las había más fluidas, algunas mucho, y otras menos o casi nada. La que le tocó a él iba rápida y, en menos de lo que seguramente tardó en desearlo, se encontró ya delante de una larga mesa profusamente iluminada en la que, de diez en diez, todos los concurrentes iban mostrando sus documentos de identidad y el comprobante de citación ante los compromisarios asignados a cada una de las filas. Hecha la comprobación de rutina, a cada ciudadano se le proporcionaba un cubilete y un dado, que podía examinar durante un breve instante —no se admitían dados traídos de casa—, y acto seguido recibía la indicación de que podía echar ya su dado sobre un espacio previamente acotado y despejado de la mesa, momento tras el cual intervenían ya los compromisarios.

En un número máximo de tres, pero muchas veces sólo dos, los compromisarios cubrían respectivamente las distintas franjas numéricas: uno en representación del Cinco y el Seis, otro para el Uno y el Dos y, en caso de haberlos, uno más para el Tres y el Cuatro. Llevaban allí desde el punto de la mañana, por lo que raro era quien no se había traído consigo un termo de café o de cualquier infusión o bien pequeños tetrabriks de zumo con sus correspondientes cañitas de plástico junto a algún tentempié. En un rápido vistazo a derecha e izquierda pudo ver sobre la mesa madalenas, barritas energéticas, bocadillos de toda índole y tamaño y fruta, muchas piezas de fruta. Cada cierto tiempo, casi como si la mesa fuera un comedero, los compromisarios daban un bocado o se echaban unos sorbos.

No eran éstos sin embargo los únicos recesos, en todo caso muy breves, sino que de vez en cuando también se levantaban, se daban la vuelta, se apartaban un poco de la mesa y empezaban a estirarse tanto con ejercicios estructurados y metódicos de relajación como con sencillos estiramientos de esos de los que se decía antes, cuando éramos pequeños, que no se hacían en público. Aunque también había quienes directamente se ausentaban; algunos sólo para acudir al lavabo o hacer una llamada —¡cuántas llamadas y cuántas meadas!, oyó a su espalda—, pero otros, tal vez los más, subían a una especie de amplio estrado en penumbra que se hallaba un poco retirado a espaldas de la mesa, como la grada de un senado o más bien de una clase magistral, y se repantingaban un rato o se tumbaban todo lo largos que eran descansando o incluso adormilándose para reponer

fuerzas. Eso es lo que primero saltaba a la vista, pero si uno se fijaba bien, y Carlos Fernández Zafra siempre se fijaba bien, en las últimas filas del estrado, y también al margen de él, a lo largo de un pasillo superior que contorneaba todo el espacio como si fuera el paseo de ronda de una muralla, tenía lugar asimismo otra actividad mucho más singular y por la que, según supo, tenían que pasar todos los compromisarios antes o después a lo largo del día y también en las jornadas precedentes.

Se trataba de unas actualizaciones aceleradas en forma de píldoras —diez frases cada una, como en un catecismo, que debían interiorizar y repetir—, programadas concienzudamente por una comisión elegida al efecto desde las altas esferas del Gobierno para asegurar la puesta al día de los compromisarios y, ya más en general, de toda la población que quisiera cumplir con los requisitos morales correctos que les permitieran acceder a puestos oficiales bien remunerados y a una consideración social a la altura de sus expectativas. Podían elegir el orden de las actualizaciones —también en formato pósit—, pero en su currículo tenían que acabar figurando todas ellas si no querían arriesgarse a quedar excluidos de cualquier cargo, sobre todo de los más ventajosos y apetecibles, por razón de no haber obtenido la puntuación mínima requerida.

Las actualizaciones, algunas de ellas verdaderos cursillos, se detallaban en un folleto que había circulado por la fila antes de entrar, y que él le había visto a Elisa tras su reunión con quien le pareció su vecino —¿sería ése el contenido del paquete que le pasaron en el aparcamiento subterráneo?—. Lo único cierto es que le había dado tiempo a leer, casi con el rabillo del ojo y sin atreverse a pedírselo, algunos de sus títulos: «Pedagogía de la ignorancia (aprender a ignorar)», rezaba uno, y otros: «El etiquetado como fase superior del pensamiento», «Teoría y práctica de la polarización», «Marrullerías I» y «Marrullerías II», «La desfachatez al poder». También fue recordando otros, a cuál más actual y útil, según le pareció, como «Configuración de la jauría» o «Curso avanzado de cinismo y recochineo», «Para acabar de una vez con toda puesta en duda y otros acabamientos». Una población ilustrada, recordaba que decía su padre cada vez más melancólicamente en los últimos años, es una población libre. Muele, molinillo, muele, ya verás las vueltas que hay que darle a la vida…

Se veían a este respecto pequeños grupos en torno a una figura de pie que, accionando mucho manos y piernas, con extraordinaria soltura y desparpajo, impartía una actualización tras otra con una celeridad inverosímil. Los cursillistas escuchaban y miraban y en seguida repetían de uno en uno las frases y, en lo que les cabía, también los tonos, los gestos y las posturas. Al acabar, unos volvían en derechura a la mesa más seguros de sí mismos y otros, tal vez aquellos

a quienes les había costado más esfuerzo por la razón que fuera, se demoraban aún rumiando y haciendo suyas las frases mientras descansaban en el estrado.

Si eran muchos los que se ausentaban y cumplían con sus cursillos y, entre ellos, muchos también los que después se tumbaban a reposar, entonces la cola se atascaba y se empezaban a oír protestas cada vez más impacientes. Hasta que el encargado de compromisarios, localizando a los cursillistas que habían superado el tiempo máximo, subía dando zancadas por las gradas en penumbra para reponerlos en sus puestos. Es lo que le sucedió a Carlos Fernández Zafra, que vio levantarse de la mesa a sus compromisarios en el momento justo en que le iba a tocar a él coger su cubilete y echar el dado. Vaya, se dijo, ya es mala suerte. Pero a continuación cayó en la cuenta de que a lo mejor no era así sino más bien al revés: aquella nueva espera le brindaba ahora la ocasión de poder observar a sus anchas a un lado y a otro mientras no volvieran a atenderlo a él, de estar allí en el ajo, como decía su padre, y observar. Esperar y observar, estar atento. Qué de veces, pensó, no ocurre sino tres cuartos de lo mismo: que uno cree al principio una cosa y va luego y ve y es lo contrario. Entonces tiene que elegir entre seguir creyendo o bien ver, si es que se deja ver, lo que se ve.

16

Una vez que el ciudadano tiraba su dado sobre la mesa empezaba lo bueno. «Seis, es un Seis», le faltó tiempo para exclamar a su izquierda a un compromisario después de que un joven, que por su edad sería seguramente la primera vez que ejercía su derecho, agitara un buen rato el cubilete y echara su dado. «Qué va a ser Seis, es un Uno como una casa de grande, ¿o es que no lo ves?», le respondió poco menos que a voz en grito el otro compromisario, «como máximo un Dos.» Carlos Fernández Zafra no había visto nada igual otras veces y se quedó de una pieza. La disputa en la que se enzarzaron allí mismo, en presencia de los jugadores, fue una discusión burda, chocarrera, impropia de la ocasión y el lugar y poco o más bien nada decorosa en general; sólo que, por lo que observaba también en las filas, parecía distraer de lo lindo a mucha gente y, es más, enardecer muy a su gusto a quienes allí iban a ejercer su derecho. Era igual en la cola del otro lado, pero lo curioso del caso era que, tanto en una parte como en la otra, antes o después y no sin arduas e incomprensibles negociaciones, amagos y pullas más que otra cosa, acababan no sabía cómo por ponerse de acuerdo.

Trató entonces de aguzar más la vista y mirar él también a los dados con atención. Tanto a un lado como a otro le alcanzaba la vista y así podría dirimir por su cuenta quién llevaba razón y quién no. A su izquierda, una mujer de mediana edad, elegantemente vestida, meneó el cubilete más de lo que una paciencia normal podía soportar pero al final tiró su dado, y fue entonces cuando el pasmo anterior de Carlos Fernández Zafra empezó a teñirse de inquietud, de inquietud o directamente de alarma.

Con tres compromisarios en ese momento, uno de ellos gritó «Seis» en seguida y el otro, chillándole encima, «un Uno rotundo». El tercero, entonces, introduciendo una nota discordante en la pelea en la que ya se habían enredado a gritos los otros dos, dijo en voz queda: «No, ni una cosa ni otra: Tres». De repente, quienes habían comenzado a gritarse y casi a agredirse —uno de ellos había hecho amago de vaciarle al otro el termo de café en la cabeza mientras le acusaba de ser él quien ardía en deseos de tirarle el café ardiendo— ahora condescendían uno con el otro y se aliaban con un guiño en contra del tercero. Carlos Fernández Zafra oía lo que oía y, sobre todo, veía lo que veía y no salía de su asombro.

Fijó más la vista para poder estar más seguro, y hasta en un determinado momento buscó en el bolsillo de su chaqueta una toallita limpiacristales de las que solía llevar, la encontró, frotó con ella meticulosamente las dos lentes de sus gafas y volvió a escrutar los dados a una parte y a otra. Así era, en efecto, no cabía duda de que veía lo que veía.

En el lado opuesto tiró su dado otra persona y extrañamente se produjo un silencio. Los compromisarios se estaban observando mutuamente antes de prorrumpir en su veredicto cuando uno de ellos, con una sonrisa meliflua, le pidió al que tenía a su lado un sobrecito de azúcar para su café. Cada dos filas había en la mesa un cestillo con sobres de azúcar junto a unos rimeros de vasos de plástico, y el otro, nada más oír su petición de azúcar, alargó su brazo y le pasó un vasito de plástico.

—¡Un sobre de azúcar le he dicho! —repuso el peticionario.

—Pues un sobre de azúcar le doy —respondió el otro mientras insistía en tenderle el vaso de plástico trasparente.

—¿No querrá decirme que esto —gritó el primero señalando a lo que le acercaba el otro— es un sobre de azúcar?

—Y si no es un sobre de azúcar, ¿entonces qué es según usted?

—Pues qué va a ser, un vaso de plástico.

—Eso es lo que dice usted, pero lo que yo veo es un sobre de azúcar.

—Usted verá lo que quiera pero…

—Pero lo que usted quiere es que yo vea lo que quiere usted que vea…

«Estafador», pudo oírle Carlos Fernández Zafra al primero, «que no eres más que un maldito estafador.» A lo que el segundo rebatió riéndose con un «chorraboba» o un «bobodelculo» o algo así, pero en todo caso referente a esas mismas o parecidas partes del cuerpo.

Llaman a las cosas con los nombres que no son, pensó con tristeza; ven cosas distintas bajo los mismos nombres. Las cosas han dejado de tener que ver con sus nombres y a cualquier cosa se le puede llamar de cualquier modo. Los dos compromisarios seguían peleándose a brazo partido y era como si todo espacio de concertación de repente se hubiera eclipsado y no pudiese haber ya otro acuerdo posible que no fuese un cambalache, un trapicheo, una rendición o imposición.

Si se empeñan en vapulear y mantear las palabras hasta dejarlas tundidas e irreconocibles y despojadas de todo contenido común, ¿quién establece el significado?, se preguntó, ¿cómo se establece entonces el significado sobre el que entenderse? ¿Lo establece la astucia, la marrullería, el ojo que quede sano?, ¿o bien un puñetazo —se dijo mientras oía uno fuerte un poco más allá, como al final de la larga mesa—, el puñetazo más férreo y decidido sobre la mesa o la operación más astuta y trapacera o directamente aviesa?

17

Había una gran algarabía, como en una lonja o como si allí todos fueran corredores de bolsa o incluso púgiles sobre un cuadrilátero, y a Carlos Fernández Zafra le resultaba difícil creer que fuese verdad lo que estaba presenciando. Lo veía, sí, pero creerlo…, ¿se tiene que creer también en lo que se ve? ¿Y entonces qué?, ¿se trata al cabo de creer? La cabeza se le iba por momentos y no tuvo reparos en admitir que sentía una rara debilidad. El aire del inmenso vestíbulo había empezado a antojársele cada vez más enrarecido, viciado a más no poder, como si no lo hubieran ventilado desde hacía mucho y se negase además a entrar en sus pulmones. Creo que me estoy mareando, que me va a dar un mareo, sintió, tenía arcadas.

—¿Me permite usted que me apoye un momento? —le dijo volviéndose a duras penas hacia la joven que tenía ahora detrás en su fila.

—¿Pero qué haces?, ¡me estás agrediendo!

—No, no, es que…

—Ni es que ni mierdas, como vuelvas a… —Pero ya no oyó más, se dio la vuelta ahora con una resolución sacada de no sabía dónde y

trató de recobrar el aliento.

«Mierdas», había sido la palabra «mierdas» la que le había devuelto como un sopapo a su ser. «Mierda esto» y «mierda lo otro» y «mierda lo de más allá». A lo mejor sobre esa «mierda» levantarán su iglesia, elucubró, y entonces ya, con el pellizco de sus juegos de palabras como toda apoyatura, empezó a sentirse algo mejor.

—Cinco, he dicho Cinco y no me meta usted el dado en el ojo —gritó entonces de nuevo un compromisario a su izquierda metiéndole el dado, y el dedo, prácticamente en el ojo al compromisario al que acusaba de metérselo a él.

Había tirado el dado la mujer deportiva que le precedía antes en la cola, pero nada, ni en su rostro ni en su actitud, le dio a entender que a ella le llamara la atención algo raro y que aquello no le pareciera sino lo más normal del mundo. No es posible, pensó, no es posible que no se den cuenta; después de todo lo tienen ante sus ojos.

De repente levantó la vista movido por unos gritos que venían de atrás, de las gradas adonde se habían retirado a descansar los compromisarios de su fila tras sus actualizaciones, y comprobó que, tras una reconvención por parte del responsable, sus compromisarios empezaban a acercarse al lugar que le tocaba en la mesa. «Su turno, caballero», le soltó al poco con un tono sarcástico uno de ellos que, como vio, tenía sus brazos tatuados como un jugador de fútbol.

Efectivamente era su turno. Por un momento llegó a creer que a él no le sucedería lo que había visto durante todo aquel rato de su espera que sucedía con todos los demás tanto a su derecha como a su izquierda. Así que se concentró, agitó con decisión el cubilete que le tendieron y lanzó el dado.

—Seis —gritó como sorprendido el joven tatuado—, evidentemente un Seis.

—Por tus cojones un Seis —le oyó al otro con esas mismas palabras.

Y así empezó la puja, a grito pelado, con acusaciones cruzadas, con chillos que no articulaban al poco ya nada y acusaciones que no significaban nada de gentes que tampoco eran ya nada salvo quien gritaba y acusaba precisamente de lo que ellos hacían en realidad la mayor parte de las veces.

Al final se quedó con un Cinco y en el recuento figuró que le había salido un Cinco como efectivamente hubiera querido Eli López Cruz, su Cruz, como él decía. Pero él sabía bien lo que había visto, lo que comprobó definitivamente en la tirada de su dado y había visto antes sin poder llegar a creérselo en la tirada de todos los que, a su izquierda y a su derecha, habían echado sus dados mientras él esperaba a que regresaran de su receso los compromisarios que le

habían asignado, y seguramente también, aunque eso él no lo vio y por lo tanto no podía tener constancia pero sí suponer y hasta creer, en las tiradas de todos los demás allí dentro aquel día tan señalado. Y lo que él había visto es lo que estaba meridianamente claro a quien quisiera ver y tuviera ojos para ver: que ni Cinco ni Seis ni Uno ni Dos ni nada le había salido nunca ni a él ni a nadie por la sencilla razón de que los dados tenían todas sus caras en blanco y en ellas, en ninguna de ellas, había nada. Nada ya de nada más que la discordia «zaragatera y triste» de los discordantes.

DOS

COMO OBEDECIENDO A UN RECÓNDITO COMPÁS

(EL COLOR DEL CRISTAL CON QUE SE MIRA)

1

Delante tenía dos mujeres asiáticas, tal vez indonesias o filipinas, tal vez chinas. Una de ellas parecía ser la madre de la otra, o por lo menos alguien que por su edad, o por la edad que para mí representaba, nada raro hubiera sido que lo fuese. Casi no hablaban entre sí y la mayor parte del viaje se la pasaban durmiendo o mirando por la ventanilla del tren. La de más edad —atardecía y quedaban todavía penachos de hojas verdes en los chopos— se quedaba postrada contra el respaldo del asiento con la boca sumida y entreabierta y una apariencia de inmensa fatiga; inspiraba y espiraba el aire de una forma estentórea y dolorosa al mismo tiempo, como quien a duras penas repara el cansancio con su sueño. Más que una estricta fatiga, su agotamiento parecía la expresión de una ofensa perpetrada con obstinada perseverancia por la vida. Se quedaba pálida al conciliar el sueño, casi violácea en las cuencas de los ojos, y la cabeza se le iba a veces a un lado y a veces a otro sin que ello diera la más mínima impresión de despertarla. A la más joven, por el contrario, apenas si se la oía respirar, y cuando no recostaba su cabeza contra el marco de la ventanilla, la apoyaba, al otro lado y ovillándose como un felino, sobre el brazo abatible del asiento.

Junto a la mujer de más edad, al lado contrario a la ventanilla, estaba sentada en el compartimento una chica muy delgada y muy joven que leía y subrayaba un libro con detenimiento. El libro —así rezaba la tapa— versaba sobre el concepto de lo sagrado, y la llanura era amplia y despejada tras las ventanillas del tren en el que viajábamos, ellas tres en los asientos de enfrente y yo solo en los de mi lado. La exuberancia de los maizales había dejado ya paso a su hojarasca y en los demás campos ya labrados despuntaban resecos los

grandes tormos de tierra.

De repente —y me faltó tiempo para pensar que era debido a que yo la miraba con insistencia— la joven que leía se quitó las gafas redondeadas de metal que llevaba puestas y las introdujo con sumo cuidado en un estuche. Tenía unos ojos francos y hermosos que el cristal de las lentes desdibujaba hasta hacerlos pasar casi por lo contrario y su mirada, cuando a intervalos la levantaba del libro, era dulce y serena. Desprendía sosiego y un cierto encanto tímido y recóndito frente al cual no era fácil permanecer insensible.

Sin embargo había algo en ella que resaltaba por encima de la dulzura de sus ojos, una mezcla de humildad y aceptación, de limpidez de la voluntad y dificultad de visión, que hacía que su mirada pudiera percibirse como algo más abatido que dulce, más triste —pero de una rara tristeza que bien podía virar de pronto en alegría— que realmente agraciado. Miraba el texto a poca distancia y sus ojos iban de un lado a otro de la página con un ritmo plácido y atento, conforme y como de otra época. Eran ojos que recogían, que trasegaban y allegaban, que incorporaban a un interior que iba acogiéndolo todo poco a poco con una extraña serenidad, y yo los veía ir y venir sobre las líneas y veía también la cabeza de la mujer de mayor edad venciéndosele primero a un lado y luego al otro, y asimismo, como obedeciendo a un recóndito compás, la cara de la china más joven apoyada ora contra el marco de la ventanilla, ora contra el brazo del asiento que compartía con quien era o nada me hubiera extrañado que fuese su madre. Yo miraba todo eso —oía el traqueteo del tren— y miraba también por una ventanilla del compartimento y después por la de enfrente contemplando el cielo plomizo del atardecer tras las ramas desnudas de los árboles coronados aún no obstante por algunas hojas.

A mí me llamaba la atención el aire insólito de aquella chica, me inspiraba una extraña y poderosa curiosidad mientras contemplaba su cabello de corte frailuno y su pecho escaso y eclipsado por un jersey de lana que seguramente se habría hecho ella misma y que le caía desgarbado por encima de unos pantalones raídos de un color tan indefinido como exiguo. Me atraía y sin embargo nada en ella se podía decir que llamase en realidad vistosamente la atención, a no ser que la llamara justamente el no llamarla. Me preguntaba cómo sería, qué relación tendría con la materia de ese libro que estaba leyendo, cómo sonaría su voz, la cadencia de su habla; qué edad efectivamente tendría y cómo besaría, cómo sería hacer por primera vez el amor con ella, quitarle el jersey de lana y alborotarle el pelo y besarle en la nuca o en uno de sus pechos pequeños y apretados como un instante.

2

De pronto las dos chinas —las dos indonesias o filipinas— se despertaron a la vez como de común acuerdo. La de menor edad, que se sentaba junto a la ventanilla y parecía la hija de la que estaba a su lado, se desperezó lenta y tímidamente mientras la que podía ser su madre o a mí nada me hubiese extrañado que lo fuera extraía del bolso un paquete de pipas de calabaza. Sin dirigirse la palabra ni siquiera por el breve lapso de un monosílabo, ambas se distribuyeron el contenido de la bolsa en sendos puñados rebosantes y se aplicaron sin pérdida de tiempo a consumirlo. Parecían dos pajarillos. La más joven, con el cuenco de la mano izquierda hasta arriba de semillas, se las iba echando una tras otra a la boca; las masticaba, extraía la semilla con celeridad y luego escupía repetidas veces las cáscaras en el interior del envoltorio de celofán en el que venían empaquetadas. En cambio la que parecía o podía ser su madre tomaba cada pepita con dos dedos —el índice y el pulgar—, se la llevaba con una extraña parsimonia a la boca y la colocaba perpendicularmente y en sentido longitudinal —no plana ni vertical— entre sus dos filas de dientes a fin de administrar cada vez dos pequeños mordiscos a los bordes de cada pipa, uno en la parte descendente del óvalo y el segundo en la zona más ancha y abultada de su diámetro. Por el primer mordisco la pepita de calabaza se abría ligeramente y, gracias al segundo, las dos cáscaras se separaban y la lengua podía extraer entonces con un certero movimiento todo el fruto de su interior. Luego la mujer agachaba la cabeza y depositaba discretamente las cáscaras sobre la palma de la mano derecha —las semillas las tenía ahora sobre el regazo—. Por cada una que se comía la madre, la hija engullía y escupía atropelladamente sobre la bolsa de celofán dos o incluso tres pipas cada vez. Sacar el fruto —pensé—, extraer cada uno a su modo el fruto de un libro o de una semilla, aprovechar los frutos y seguir un compás.

3

Así iban pasando los quilómetros, seguía plomizo el cielo —violáceo en algunas franjas casi como las cuencas de los ojos de la china de más edad— y las ramas desnudas de los chopos, que sin embargo todavía conservaban algunas hojas en lo alto, alternaban con la hojarasca del maíz y con los tormos resecos de los surcos. Ellas —clas, clas— descascarillaban pipas de calabaza y la muchacha de la derecha leía y subrayaba detenidamente su libro sobre el concepto de lo sagrado. Por

mi parte, yo miraba alternativamente a unas y a otra y miraba alternativamente también el paisaje tras la ventanilla del tren. Pero en un momento dado en que estaba observando a aquéllas —y posiblemente pensando en ésta—, una de las pipas que la china o filipina —o tal vez indonesia— de mayor edad había dispuesto longitudinal y perpendicularmente entre sus dos filas de dientes —no plana ni vertical— debió de romperse por algún lugar distinto al de sus bordes y uno de los fragmentos resultantes, abundantemente humedecido por otra parte, salió disparado con tan mala fortuna que acabó saltándome no sé cómo a un ojo.

La muchacha que leía alzó de inmediato la vista del libro al oír mi exclamación —no recuerdo o más bien no quiero recordar los términos exactos— y las dos chinas, o filipinas, prorrumpieron al unísono en una sonrisa histérica antes de pronunciar unas embarulladas frases de corrido que yo, por educación, interpreté como de disculpa.

«Nada, no es nada, no importa», dije molesto y, sin poder comprender cómo había sido posible lo que sin duda había sido, la trayectoria que había acabado con el proyectil en mi ojo, me quité las gafas para limpiármelas de las salpicaduras y me llevé el pañuelo con cuidado al ojo siniestrado. En ese momento —no se puede decir que yo vea ni medio bien sin gafas, soy muy miope— creí adivinar que la chica que leía sacaba las suyas del estuche y se las volvía a poner para mirarme a sus anchas. Me sentí algo cohibido, o por lo menos a disgusto —¿indefenso?—, y en cuanto tuve las mías mínimamente limpias me las calé con un rápido movimiento y entonces vi, ahora sin el menor lugar a dudas, que la muchacha volvía a quitarse maquinalmente sus gafas metálicas de aro y a introducirlas de nuevo en el estuche retornando acto seguido dócilmente a su libro.

A las indonesias —a las chinas— les había faltado tiempo para volver convulsivamente a sus pipas y cada una las desgranaba a su ritmo y a su modo mirando por la ventanilla el paisaje de hito en hito. Pero de pronto, no habrían pasado ni diez minutos, otra cáscara se le volvió a romper a la china de mayor edad —a la filipina— por un lugar distinto otra vez al habitual y otro fragmento —la verdad es que tampoco entendí cómo— volvió a volar por los aires ahora no en clara dirección a mí, o por lo menos no tan evidentemente hacia mis ojos, lo que no obstó para que la china o indonesia, o tal vez filipina, se incorporara de golpe nerviosamente y, con un manotazo, quisiera apartar a tiro hecho —pero también a toro pasado— la presunta trayectoria de la cáscara hacia mí, apartando sin embargo entonces únicamente las gafas de mi cara y tirándolas por el suelo del compartimento.

Así que se percató, la mujer que leía se volvió a calar las suyas y

yo, azorado de nuevo, o ya más enojado que molesto, pude notar a pesar de mi escasa vista cómo me observaba con detenimiento. Mis gafas quedaron boca arriba en el suelo bajo los asientos de enfrente y gracias a Dios intactas, como en seguida pude comprobar. Pedí permiso con una envarada elegancia destinada a compensar la humillación de agacharme a recogerlas y me puse a tantear bajo el asiento de la china de mayor edad, que juntó sus piernas desmayándolas hacia el lado de la china más joven con un gesto acusadamente teatral. La chica de ojos dulces e hipermétropes o astigmáticos no supo qué hacer con las suyas —con sus piernas— y acabó dándome un golpe con la rodilla en un hombro. Me pidió perdón atropelladamente —volvió a darme una patada en la espinilla cuando yo ya me había incorporadoy volví a oír otra vez lo que creí que eran las mismas embarulladas frases de disculpa por parte de las dos chinas o filipinas, por parte de las dos indonesias, pero ahora como coro a las repetidas excusas de la chica de las gafas metálicas de aro y, según me pareció, algo más largas y con un tono más agudo y lastimero.

Yo acepté a la una y a las otras todas sus peticiones de disculpa —me dirigía bajando la cabeza con igual insistencia, y más bien a bulto, primero a una y luego a las otras— y repetí la limpieza de mis lentes. Pero entonces hice la prueba a conciencia: las estaba limpiando demoradamente y, de pronto, como si lo tuviese ensayado desde hacía mucho, me las calé con la más rápida de las destrezas sobre el caballete de la nariz casi sin solución alguna de continuidad, por lo que tuve tiempo suficiente para ver la mirada humillada y sorprendida de la chica del jersey de lana seguramente hecho por ella que se volvía a despojar de las suyas en beneficio del estuche. «Te calé», me dije para mis adentros, y luego me reí de haber empleado ese verbo y no haber dicho por ejemplo pillar, «te he pillado», pero en cualquier caso me pareció que le ascendía al rostro un leve tono arrebolado que sin duda le acrecentaba el atractivo, aunque a lo mejor, y a pesar de que ya me había puesto las gafas, tan sólo me lo pareció.

4

Las indonesias —las chinas o filipinas— volvieron al cabo a sus pipas de calabaza como si nada, cada una con su modo de abrirlas, de extraer el fruto y escupir las cáscaras ya sea discretamente sobre una mano, ya ruidosamente dentro de la bolsa vacía de celofán. Los quilómetros pasaban —era ya la segunda o la tercera bolsa que abrían — y la muchacha de la mirada conforme y apagada continuaba

sumergida en su lectura lo mismo que el paisaje en su viaje otoñal hacia el invierno. Todo parecía tener un ritmo dual: el traqueteo del tren, el exterior que discurría ante nuestros ojos y el interior que permanecía, la chica de las gafas doradas de aro y las chinas o filipinas, de menor edad una y otra que nada podía extrañar que fuera su madre, y cada una con sus respectivas formas de extraer el fruto de las pepitas de calabaza y seguramente el fruto de la vida.

Uno podía fijar además la vista en lontananza sobre un punto de referencia —una casa o una nave industrial, una torreta del tendido eléctrico—, lo podía divisar a lo lejos y después poco a poco más cerca y luego ya tan cerca que casi lo tenía enfrente y, a continuación, con una extraña perplejidad, podía verlo pasar en un santiamén ante sus ojos antes de dejarlo inmediatamente ya atrás y a la espalda y en seguida lejos como se dejan lejos y a la espalda —y a veces se olvidantodas las cosas de la vida y también las más importantes o las que creímos más importantes junto a sus respectivos puntos de referencia.

¡Cuántas cosas nos parecen en un determinado momento que nunca van a llegar, y sin embargo ahí están al cabo de nada y al cabo de nada pasan también tan rápidas como habían llegado y como los quilómetros que iba engullendo el tren en su marcha! ¡Y cuántas veces nos parecen tan importantes que creemos no poder prescindir de ellas por nada del mundo y al poco, casi sin darnos cuenta, ya se han desvanecido y se han quedado en nada como lo que eran! Por nada del mundo y al cabo de nada, qué palabras. Yo también sacaba al parecer a mi ritmo mi fruto del libro de la vida o bien de las semillas del traqueteo de sus vaivenes.

A diferencia, según supuse, de la chica de las gafas de aro —no sé si también de la filipina o indonesia de mayor edad—, yo me había entusiasmado a más no poder en mi vida muchas veces con cosas y con personas que luego, con el andar del tiempo, se me habían desmoronado como ídolos de barro o disuelto como azúcar en el agua. ¡Qué grandes me parecían, qué inmejorables y hermosas y, al cabo, qué insignificantes cuando no qué estúpidas o incluso viles! A lo mejor tenía que ver con algo de eso el libro que estaba leyendo la muchacha a la que no sabía por qué, seguramente por presunción, por tontería varonil —vamos a llamarla así—, yo había atribuido una escasa experiencia y acaso también algo de beatería. ¡Se deja uno llevar tantas veces por los signos externos!, ¡los lee uno tan mal, tan sesgadamente!…, ¡tantas como seguramente por los prejuicios internos!

Estaba pensando en esas y otras cosas por el estilo, cuando de repente otra cáscara volvió a saltar de costado en dirección esta vez a la chica de las gafas sin gafas y fue a depositarse entre las páginas

abiertas de su libro sagrado. Como accionada por un resorte insospechado sólo momentos antes, la muchacha extrajo sus lentes del estuche con el fin de cerciorarse de lo que ocurría y un rubor de arrebol como el que no había en el atardecer le subió de pronto ahora sin la menor duda a los pómulos. Para paliarlo en lo que cupiera, yo me quité acto seguido las mías, con lo que le daba a entender que renunciaba a verla del todo en ese trance y por lo tanto le dejaba ganar tiempo y reducir o hacer que remitiera más fácilmente su sofoco. Ella se dio cuenta —apenas si atendía a las excusas de la china — y agradeció el detalle, demorándose un poco aún con sus gafas caladas y su vista puesta en mí, hasta que me vio hacer ademán de volver a ponérmelas y entonces le faltó tiempo para quitarse resueltamente las suyas.

5

Clas, clas, se oía otra vez el ruidillo de los dos mordiscos sucesivos de la mujer de mayor edad —al borde descendente primero y luego al punto de mayor diámetro de la pipa de calabaza— y simultáneamente, a una velocidad que en la práctica doblaba a la de ésta, los de la china, indonesia o filipina más joven que masticaba y escupía a su vez sin dejar de mirar por la ventanilla más que en el momento de soltar las cáscaras en el interior de la bolsa. A veces, tanto la muchacha que leía como yo nos sorprendíamos mirándolas atraídos por el contrapunto de esa cadencia, mirándonos luego nosotros durante breves segundos con ojos sin gafas y torpes ella, con gafas y seguros yo de mi visión. ¿O era al revés: con gafas y torpes yo y ella con ojos sin gafas pero sin embargo seguros de su visión?

Durante un buen trecho, junto al traqueteo del tren, sólo se oyó el crujido de las cáscaras de calabaza entre los dientes, dos crujidos de la mujer mayor por uno de la más joven cada vez, y el sonido que ésta producía al evacuarlas ruidosamente sobre la bolsa. Pero de pronto, la indonesia de mayor edad —la china o filipina— se atragantó ostentosamente durante la operación de desalojar con la lengua las cáscaras abiertas de par en par por el segundo mordisco —el que aplicaba a la zona de mayor diámetro de la semilla en posición longitudinal— y prorrumpió en una retahíla de toses y chillidos acompañada de extraños aspavientos, como si accionara para salir a flote desde un fondo de agua, sólo moderados a duras penas por lo público del lugar.

No entendí, pero la china más joven que podía ser y a lo mejor era en efecto su hija —la filipina o indonesia—, tras propinarle una serie

de sonoras palmadas en varios lugares al parecer estratégicos de la espalda y darle a beber repetidas veces un líquido anaranjado de una botella de plástico, se asomó, literalmente, a su boca abierta de par en par a ver qué es lo que veía o si veía algo.

Como si fuera un ojo al que hubiera caído una mota o una pestaña del párpado, la indonesia de menos edad —la china o filipina— prestó a la garganta de quien era o podía ser su madre una atención detenida y minuciosa, en todo análoga a la que había prestado hasta entonces la chica de pelo frailuno a su lectura, aunque en el caso de la china o lo que fuera, bien es verdad, interrumpida a veces por las repentinas toses y chillidos de la de mayor edad, que la obligaban a echarse para atrás hasta que hubiesen remitido.

Tanto la muchacha de la mirada grata e hipermétrope, que a pesar de todo conseguía a veces leer su libro con atención, como yo, que leía todo como si fuera un libro, estábamos mucho más que asombrados; ella a decir verdad también preocupada y pensando sin duda en cómo podría ayudar o socorrerla con algún consuelo, y yo más bien picado por la curiosidad. Me había desplazado en el asiento antes ya frente a ella, en diagonal a las chinas, y creo que ambos debimos de levantarnos casi al unísono para interesarnos por la accidentada. Venciendo todos los pudores —en el apuro, el pudor se desvanece—, nos habíamos acercado ya con toda probabilidad lo suficiente porque recuerdo que, cuando la china más joven —la filipina que podía ser su hija— hizo un leve gesto con la mano para que nos aproximáramos, apenas si tuvimos que arrimarnos. En realidad sólo debimos alargar el cuello para asomarnos a la boca abierta, oscura y careada de la china de mayor edad.

Nos asomamos por turno; yo me quité las gafas —veo mejor de cerca sin ellas— y ella sacó las suyas del estuche y se las caló rápido como para que no le viera. Miramos, ella a través del cristal esperpéntico de su hipermetropía y yo pegado y como abocado, con una mezcla de estupefacción y congoja análoga a la de quien mira un futuro incierto en el que no se ve nada más que su propio abismo.

Seguían las toses a intervalos de la mujer de mayor edad, seguían los chillidos como de rata acorralada y los aspavientos de quien quiere salir a toda costa a flote y no puede. Una cascarilla de nada —pensé—, una nimiedad de nada, había hecho que todo un organismo tan complejo se atragantara, que se atascara un solo conducto pero que ese conducto fuera justamente aquel que descendía a los adentros y por el que entraba a ese organismo el aire y el agua y el alimento. ¿O bien no era una nimiedad, una cascarilla o un pellejillo o brizna de nada, sino más bien un mal hábito, un exceso, una forzatura continua o una peligrosa frivolidad allí donde precisamente se juega lo decisivo?

El paladar, toda la bóveda bucal, componía una cavidad extrañamente oscura en la que sólo la úvula destacaba sutil y enrojecida dividiendo la entrada de la garganta en dos mitades a modo de arcos. Otra vez dos, me dije mientras oía el traqueteo del tren, otra vez el ritmo dual del viaje de las cosas, su recóndito compás. Me parecía como si nos estuviésemos asomando a un pozo sin fondo, aupados casi al brocal para intentar ver algo que entorpecía y atascaba o bien algo que se nos hubiera caído y de lo cual hubiésemos perdido hasta el recuerdo. A mí me daban ganas de gritar en aquella bóveda o pozo a ver si se oía el eco, de echar piedrecitas, no sé, o bien más cáscaras de pipas de las que a esas alturas se hallaban ya esparcidas por los vestidos de todos y por los asientos y el suelo del vagón. A lo mejor si gritaba no sólo se oiría retumbar el eco del grito o de la pregunta, el eco incluso de su posible desgarro, sino quién sabe si hasta una respuesta del fondo por enigmática o recóndita que fuera.

Cuanto más introducía uno su cabeza en el agujero del pozo, esto es, de la boca o el futuro sin más fondo que su propio abismo, más estorbaba la visión y hasta la colocación de los otros dos alrededor de su boca. Dábamos vueltas en torno a ella y a veces nos quitábamos uno a otro la precedencia más que turnarnos para asomarnos; uno levantaba la cabeza y se echaba para atrás al mismo tiempo que otro —o más bien otra— adelantaba la suya y se agachaba a ver casi a ras de los dientes o al filo del brocal, en el propio umbral del abismo o de la pura conceptualidad de la pregunta. Pero no atinábamos a ver nada, a atisbar siquiera nada, el eco sólo nos devolvía nuestro silencio y la opacidad de nuestros temores.

De vez en cuando, sin previo aviso y como si del pozo o del futuro o la garganta, o tal vez sólo de la extrema vulnerabilidad de un organismo tan extraordinario, brotara sin embargo algo bronco e insondable que nosotros no acertaríamos nunca a ver ni localizar y menos aún a descifrar o predecir, se reanudaban de repente las toses y los chillidos acompañados de aspavientos, y entonces, como de común acuerdo, los tres nos echábamos de estampida hacia atrás refugiándonos en el escudo de nuestras respectivas individualidades: no nos había tocado a nosotros.

6

Así, al compás de aquel viaje y al filo de aquel incidente en el que creímos oír resonar un vago fondo inquietante —pero no advenedizo ni enquistado y acaso sólo azaroso o hasta cómico, más bien ridículo—, es como conocí yo a la que hoy en día es mi mujer, a quien por

aquellos tiempos estudiaba teología y tenía del futuro lo que yo creía sin motivo que era una visión conforme y abatida, triste como el corte frailuno de su pelo de entonces y desgarbada como la forma de llevar aquel día el jersey de lana sobre sus pantalones descoloridos o más bien sin color. Y así fue como también conocimos a quienes luego serían durante un tiempo en casa nuestras asistentas por turno, primero la de mayor edad y luego la menor, que no cesó nunca de rememorar aquel viaje ni de dar lugar a que nos formuláramos de nuevo las preguntas que en él nos hicimos y continuamos haciéndonos desde entonces, como si de vez en cuando algo se volviera a atragantar o se atascara algún conducto esencial a quizá no se sabe nunca qué compás.

No llegamos a saber durante aquel viaje en tren si eran chinas o indonesias o eran filipinas, o bien chinas o indonesias o filipinas y no de otra nacionalidad o latitud asiáticas, y tampoco si eran madre e hija en efecto o sólo eran amigas o compatriotas. Eso lo habríamos de saber más tarde, en lo que entonces era futuro y ahora ya sólo pasado u olvido, según cómo se mire.

Pero en este momento nada de ello importa tanto como el hecho de que nos enseñaran a pasar muchas tardes masticando también semillas de calabaza al anochecer y extrayendo su fruto mientras miramos silenciosos ora la ventana de nuestra casa ora la pantalla del televisor, yo inquieto a veces por una congénita animosidad que también podría ser vanidad, la vanidad de querer siempre otra cosa y quererla además demasiado, y mi mujer como conforme y disfrutando del otoño de los días o de la dudosa calidad de los programas.

Ninguna de las dos posturas nos exime sin embargo de asomarnos a veces, cada vez más según se van sucediendo las tardes, al abismo del tiempo, que a veces se nos antoja oscuro y sombrío como el fondo de un pozo o el concepto de la nada, y otras claro y diáfano como un ojo que nos mira pero al que no sabemos mirar, yo sin gafas porque veo mejor sin ellas de cerca y de eso es ya de lo que se trata y mi mujer con lentes también de cerca, yo con inquietud y anhelo —pero también con miedo— y ella con serenidad y aceptación y en perenne actitud de amparo. ¿Pero y si ese abismo, ese pozo de la nada o ese ojo conceptual, fuera sólo al cabo una cascarilla o un pellejillo de nada también —me dijo un día Clara, que así se llama mi mujer— por más que acabe por obturarlo o atascarlo y atragantarlo ya todo?

A veces nos miramos uno a otro como quien ve ya todo el mundo en un rostro —de cerca ambos sin gafas y a media distancia con ellas—, pero otras seguimos mirando ora el mundo de la televisión, ora más bien el mundo de la tarde que declina no ya sólo tras los cristales de la ventana, sino también ya detenidamente tras los cristales de nuestras gafas, gruesos y miopes los míos, que me empequeñecen los

ojos, y gruesos e hipermétropes los de Clara, que se los agrandan y desdibujan esperpénticamente. Nos acompañamos con un montón de semillas de calabaza, yo en la mano y ella en el regazo, y masticando ella despacio y en dos tiempos —uno con la pipa en sentido longitudinal y perpendicular a los dientes a la altura de un diámetro menor y otro donde su mayor anchura— y yo deprisa y atropellado y escupiendo ruidosamente las cáscaras como lo hacía la china o indonesia —en realidad la filipina— que miraba atónita durante aquel viaje en tren la boca insondable de la mujer de mayor edad, la boca que parecía un pozo o un abismo o una idea sin fondo de la mujer que podía ser su madre o, bien mirado, podía ser la madre de los tres o incluso la de todos, chinos o indonesios o filipinos, extranjeros en un mundo al que nos asomamos como a un pozo o a una boca o un ojo al que no se sabe mirar, como a la representación de una cavidad extrañamente oscura de la que seguimos sin comprender qué le sigue haciendo atragantarse o atascarse o por qué se tose a intervalos sin poder reprimir el picor o la irritación y el ahogo, o cuándo las semillas que masticamos frívola y mecánicamente en el crepúsculo provocan ese acceso cuyo origen no se acierta a ver o bien se ve distinto según el lugar o el cristal desde el que se mire.

Y así es también como a veces, dejando de ayudarnos con nuestras gafas gruesas y miopes o hipermétropes que utilizamos para ver las representaciones de la pantalla o el declive de la tarde tras los cristales, nos encontramos como de común acuerdo prescindiendo de ellas y damos en mirar el mundo incomprensiblemente cara a cara, sin intentar sondear el pozo del futuro o la garganta del pasado. A una distancia entonces prudencial —la distancia es también un cálculo de años—, nos vemos los ojos y oímos la voz que susurra, y yo le quito aún el jersey como había deseado hacerlo aquel día del pasado en el futuro que es ahora presente, y le alboroto aún el pelo y le beso en la nuca o en la boca o en uno de sus pechos pequeños y apretados aún como un instante de los de ahora, y entonces todo, ojos imperfectos, nuca, tarde que declina, pequeñez o apreturas, todo está bien.

AUNQUE HAYA SIEMPRE QUIEN SE IMAGINE OTRA COSA

Empezó por los peces —decía Juan de Mairena— el pánico al diluvio universal.

ANTONIO MACHADO

1

Desde el mismo día de la compra de aquella pareja de pececillos exóticos —dos raros ejemplares de aguas frías de un misterioso color negro malva que se irisaba en las aletas— era como si no pudieran dejar de estar pendientes de ellos un solo instante. Se acercaban a la pecera, se agachaban hasta su altura y, con los ojos abiertos de par en par, casi pegados al cristal del acuario, se pasaban las horas muertas contemplando como extasiados sus movimientos sinuosos y los repentinos cambios de sentido que realizaban sin el menor esfuerzo, sólo con accionar levemente una aleta o la otra en la mayor de las armonías, y sobre todo los ratos inmensos —la eternidad de los ratos, decía él— en que permanecían detenidos, ahí, en medio, flotando sin hacer nada, meneando sólo plácida y ligeramente una aleta de vez en cuando y respirando, respirando, abriendo y cerrando suavemente sus branquias como si no hubiera nada más que hacer en el mundo ni nadie tuviera que hacerlo.

No hubieran sabido decir qué era lo que más les atraía, si los colores tornasolados de sus aletas, que según les daba la luz —según la inclinación o el vaivén, decía él— adquirían una gama insospechada de matices que les tenían literalmente encandilados, o más bien el concierto y la levedad, la proporción casi se diría, de todos sus movimientos que parecían realizar sin tener que realizarlos, como prorrumpiéndolos o manándolos, decía él, y luego se quedaba pensando durante un buen rato en lo que había dicho.

—Van a lo suyo —mascullaba ella muchas veces, una mujer que,

más que estar despeñándose por la cuesta de la edad, era como si siempre lo hubiera estado haciendo y, por lo tanto, desde hacía tiempo daba ya la impresión de que no envejecía—. Van a lo suyo y sin embargo lo suyo ni se sabe lo que es ni parece incluso ser nada.

—Lo suyo es estar ahí —reponía él—, estar a lo que cae. Mientras que lo nuestro es estar a ver lo que hacemos. Por eso nos tienen tan admirados.

Aunque a lo mejor —a ver lo que haces, empezó a decirle ella desde entonces cada dos por tres— era también el silencio lo que les imantaba la mirada, lo que les tenía allí delante horas como embobados siguiendo a los pececillos con la vista como si el silencio pudiera verse en realidad o ambos lo vieran de veras en ellos, en su forma de flotar o de emanar color, y como si además fuese un silencio no mantenido y ni siquiera guardado sino literalmente hecho, decía él, un silencio hecho como único producto además de todo su hacer.

Producir silencio y estar ahí, estar a lo que cae —pensaba al mirarlos—, flotar y emanar color, estarse quietos, respirar, moverse de una forma tan inverosímil que parecía la pura esencia del movimiento. ¿Se podría llamar eso felicidad?, se preguntaba, ¿pero felicidad de quién?

Al principio era sobre todo por la noche, cuando él volvía de sus apuros en la oficina o de sus aprietos sentimentales —de la carga de tener que andar siempre a la carga con todo, se decía para quitarles hierro concreto a las cosas por el expediente de elevar su rasero conceptual—; pero poco a poco el estar allí, sentados o agachados frente al acuario, fue ocupando la mayor parte de los ratos en que, tanto él como ella, dejaban de trajinar o ajetrearse. Estaban en el comedor haciendo lo que hicieran —a ver lo que haces, podía decirle ella, no irás a hacer lo que no debes—, y de pronto lo dejaban todo y se llegaban a mirarlos. Pasaban, pasaban de la cocina a las habitaciones o de éstas al baño, y no había vez que no se detuvieran a mirarlos, e incluso había noches, sobre todo si les atenazaba el insomnio o tardaban en conciliar el sueño, en que salían sin hacer ruido a sentarse a oscuras frente a la pecera.

No parece cosa de este mundo, suspiraban. Ligeros como ellos solos, no pesaban ni nada parecía pesarles, y oscilaban sin la menor transición de la quietud más perfecta a la velocidad más inimaginable en cuanto se ponían a moverse, del marasmo más inconcebiblemente prolongado a los virajes y las contorsiones más inexplicables que, siendo producto de complejas combinaciones de sus aletas caudales con las dorsales y laterales, parecían sin embargo lo más sencillo del mundo. Lo más sencillo del mundo, se repetían, lo más sencillo del mundo, y no podían por menos de concentrar su atención en aquel agua y en aquellos pececillos de un misterioso color negro malva

durante ratos y ratos enteros en que se les iba hasta la noción de las horas.

2

—Como a ellos… —Se alegraron de repente un día—, nos empieza a pasar como a ellos, que desde luego por no saber, no han de saber ni en qué día ni en qué hora viven.

Era pues posible que la atención, que la perseverante y consagrada atención les hiciera ser por momentos igual que la cosa atendida. Encarnarse en la cosa —pensaron— o, si no encarnarse, por lo menos establecer un flujo de absorción tal, una especie de corriente o de mecanismo de vasos comunicantes que les permitiera embalsar lo otro en sí y embeberse de ello, ser quedos y leves por ejemplo como aquellos pececillos de aguas frías y estar ahí, flotando o fluctuando, pero sin planteárselo siquiera ni tener por qué hacerlo ni por qué no. A lo mejor, se asombró él al decirlo, Dios no es más que una perseverante y consagrada atención a sus criaturas que le permite impregnarse en ellas y amarlas porque es lo mejor de ellas, de ahí su misericordia.

—¿Será eso «el agradarse en los otros»? —se preguntó él una vez, ya muy entrada la noche. «Y se plugo en su siervo», le fue resonando como una música a lo mejor hasta comprensible según se iba quedando dormido recostado frente al acuario.

Ser, pues, pececillos exóticos de un misterioso color negro malva que se irisa en las aletas —se había dejado pensar antes—, atender de tal forma a la ligereza de sus movimientos y al silencio de su belleza —a la suficiencia de su vida en sí— que el amor a ellos constituya entonces nuestra semejanza. Dejarás de apurarte en el trabajo y en las encrucijadas de las decisiones —imaginó—, los sentimientos dejarán de traerte aparejados sobre todo aprietos y atolladeros o berenjenales —dejarás de tener que andar a la carga con todo— y te gustarás en las cosas…

—El santo al cielo —le dijo ella—, se te ha ido verdaderamente el santo al cielo.

—Del porqué pasan de la quietud más completa al movimiento más disparatado y luego otra vez al marasmo, o de por qué se escabullen de improviso y de qué, nunca sabremos tampoco decir nada —le contestó él como si no pudiera haberla oído a causa de todo aquel silencio.

—Sus razones tendrán —repuso la mujer—, o por lo menos sus pequeños motivos. Pero tú mira a ver lo que haces —agregó como al

desgaire— porque tienes que ir a preparar la cena.

3

Conforme fue pasando el tiempo, muchos días, al despertarse, no bien habían puesto un pie en el suelo, antes incluso de prepararse el café o lavarse la cara, echaban mano de las gafas —él era miope y ella hipermétrope— y se iban en derechura a ver a aquellos pececillos de aguas frías como si ninguna otra cosa tuvieran que hacer a lo largo del día ni para ninguna otra cosa se hubieran levantado. Durante un rato interminable, ni los ojos de uno ni los de la otra —agrandados los de ella tras los cristales de hipermétrope y empequeñecidos los de él por sus gafas de miopeparecían tener otro objetivo que seguir el curso de sus movimientos y el tornasol de sus colores como si hubiese algo siempre nuevo que comprender en todo ello que, por mucho que persistieran, no alcanzaban nunca a comprender o bien que, por mucho que mirasen, no acababan nunca de mirar.

Había veces en que, para no perderse un solo matiz ni un solo quiebro, tanto se pegaban al cristal del acuario con los cristales de sus gafas que acababan dándose con él. Ha sonado como a un brindis, dijo ella en una ocasión. Pero cuando más extasiados estaban, cuando más ensimismados y satisfechos parecían con sus trayectorias y sus deslizamientos y quietudes, había siempre un momento en que acababa por asaltarles la misma idea. O más bien tal vez habría que decir la misma tentación.

En el momento de la compra, el vendedor —un hombre de edad indefinible que no dejó de mirarles un solo instante con los ojos fijos tras los cristales de unas gafas que ni parecían de aumento ni de corrección alguna— les dio una larga serie de indicaciones para su manutención que tendrían que observar religiosamente —religiosamente, repitió en dos o tres ocasiones— si querían mantenerlos con vida por lo menos algún tiempo. ¿Por lo menos algún tiempo?, se hizo eco ella con una repentina desolación.

—Lo peor que puede usted hacer es apiadarse en demasía —respondió categórico el vendedor suspendiendo su mirada tras las gafas como si no viera bien ni quisiera tampoco hacerlo—; es la única forma de no dejarse llevar luego por la cólera. A mayor piedad mayores iras. Como es normal que ocurra —añadió el vendedor—, como es natural.

—Claro, como es natural —repitió ella, y pensó que incorporaría «en demasía» y «a mayor piedad mayores iras» a su vocabulario y sus locuciones habituales.

—Así ocurre siempre —corroboró el vendedor—, siempre y con todo. Aunque haya también siempre quien se imagine otra cosa —concluyó mirándole ahora a él tras sus cristales inquietantes a lo mejor porque sólo eran cristales.

—Pero sobre todo la temperatura —subrayó—, cuidado sobre todo con la temperatura. Un grado más de la cuenta —son peces de aguas frías, con un equilibrio muy delicado— y en seguida los verán flotar muertos sobre la superficie. Un grado más tan sólo. Ya con acercarse mucho o mucho rato les ponen en peligro con la irradiación de los cuerpos, con la insistencia atosigante de la mirada. Así que no digo nada si les ponen un foco o una luz de alto voltaje cercana o si, jugando o haciendo como que se juega, meten ustedes por ejemplo el dedo en el agua del acuario durante más de cinco minutos una vez alcanzada la temperatura límite. Cinco minutos y empezarán a verles boquear; seis, y ya no lo cuentan. Así es y eso es lo que tiene jugar a estar muy cerca o demasiado pendiente, que en este caso es como jugar con fuego —concluyó el vendedor.

4

Les metían el dedo; habían puesto un reloj junto a la pecera, y cuando más a gusto estaban contemplándoles y más inconcebiblemente hermosos les parecían sus movimientos y sus colores, cuando más dueños se les antojaban los pececillos de ser lo que efectivamente eran y más libres de lo que no eran —¿cuando más se gustaban en ellos?—, de repente, sin saber muy bien a cuento de qué ni de qué no, les acometía siempre la misma tozuda e incontenible tentación: meter el dedo, meterles el dedo en el acuario él y también ella después de haberles expuesto a la prolongada irradiación de su presencia y al atosigante escrutinio de su mirada, y ver entonces cómo aumentaba poco a poco la temperatura del termómetro conforme adelantaba el segundero del reloj que habían puesto junto a la pecera. Treinta, cuarenta, cincuenta segundos con la temperatura límite y después un minuto, dos, cinco, y en seguida empezaban a abrir la boca con dificultad, las branquias con más apuro y aparatosidad cada vez, hasta que, no siempre con todo el convencimiento por parte de los dos, uno de ellos —normalmente ella, pero a veces también él— acababa echando al agua unos trocitos de hielo que hacían que disminuyese *ipso facto* la temperatura de la pequeña pecera.

—Tan hermosos y tan frágiles —decía él, que había visto lo que hacía—; tan misteriosos, tan ágiles y veloces, y tan poca cosa; tan ellos mismos sin tener que querer serlo, y tan nada de nada.

—Y tú con tanta envidia —le espetó ella de pronto—, con tanta envidia de lo que son y de lo que no son porque tú tienes que ser incluso en demasía. Así que a ver lo que haces.

—Con tanta piedad tú en cambio —repuso élque, recordarás, es la antesala de la ira.

5

Y así una vez y otra; en lo mejor de la contemplación y de su amor por los pececillos de aguas frías —amor, pensaban, tuyo es el misterioso color negro malva que se irisa en las aletas— les sobrevenía siempre la misma idea y la misma pulsión irremisible. Como si una cosa llevara necesariamente a la otra, como si la atención a la belleza y la fragilidad de los pececillos y, por su lado, la preocupación por su libertad llevaran consigo por fuerza el impulso de poner todo a prueba y apurar sus límites o bien el arrebato de que todo acabara, sus movimientos sinuosos lo mismo que sus repentinos cambios de sentido o la eternidad de sus ratos, de repente se miraban tras el cristal que agrandaba o empequeñecía los ojos que miraban, y de común acuerdo, como en una sola decisión verdadera, introducían los dedos en el agua del acuario para observarles pugnar y ajetrearse también a ellos mientras iba avanzando el segundero del reloj y se les iba haciendo cada vez más difícil respirar.

Su extrema fragilidad era además asimismo su mayor hermosura, lo más digno de atención. Y con sus ojos agrandados —los de ella— tras los cristales de hipermétrope y empequeñecidos los de él por sus gafas de miope, seguían atendiendo allí mismo cada día encima de ellos a sus movimientos y a su quietud, a los colores tornasolados de sus aletas según les daba la luz y a la oscilación ahora, casi sin que se pudieran dar cuenta, entre la plenitud y el apuro, entre la armonía de unas contorsiones que ningún paso de danza humano podía igualar y el repeluzno de los estertores. Los seguían tan encima, tan pegados a ellos, que algunas veces hasta chocaban los cristales de sus gafas con el cristal del acuario produciéndose entonces un tintineo como de brindis del cristal con que se ve contra el cristal a través del que se ve.

6

Un día advirtieron que los pececillos también les miraban o parecían mirarles, que lo llevaban haciendo desde el principio. De repente se

ponían perpendiculares al cristal del acuario y, moviendo muy levemente la aleta caudal, pegaban el morro frente por frente a ellos lo mismo que si les estuvieran observando a su vez como ellos les observaban, sólo que como sin decisión, pero tampoco a falta de ella, no sabían, era raro. Si los ojos de los pececillos no eran sus ojos, ¿su mirada qué sería?

Pero todo cansa, o bien todo acaba por cansar más tarde o más temprano, y a partir de un momento que no hubieran sabido cifrar a ciencia cierta, pero que en todo caso coincidía con el período en que trajeron a casa un nuevo aparato de televisión mucho más grande y sofisticado, lo cierto es que empezó a cundirles el hastío al observar a los peces de aguas frías. Comenzaron a cansarles sus inmensos ratos de quietud y hasta la destreza de sus movimientos, el paso sin inflexión de unos a otros y el tornasol de sus aletas según la inclinación o el vaivén.

Los dos convinieron en que lo único que seguía atrayéndoles todavía de verdad, o incluso fascinándoles, era verles empezar a boquear cuando llevaban ya cinco minutos con los dedos metidos en el agua. Ni la infinita quietud de su impertérrita flotación en medio de todo aquel agua, ni las inverosímiles contorsiones de su compleja flexibilidad, nada les proporcionaba ya un espectáculo comparable a esos últimos coletazos o a la perspectiva de esos últimos coletazos en que los pobres peces negros de aguas frías —¿pero sabrían que estaban en sus manos, o más bien en sus dedos?, ¿y qué sería *saber* para ellos?— se debatían como podían entre la vida y la muerte con el solo fin de hacerles más sugestiva la velada a la pareja ya entrada en años que así, jugando a propuesta de él, pero con la inmediata aportación de ella aun a regañadientes, prolongaba sus días mirándoles tras los cristales que agrandaban o empequeñecían sus ojos.

De repente se miraban entre ellos, se miraban desde unos ojos empequeñecidos a unos ojos agrandados y de éstos a aquéllos, y al meter el dedo en el acuario, tanto unos como otros, tanto los empequeñecidos como los agrandados, parecían abarcar todo el espacio vacío ante los cristales de sus gafas poniéndose como perpendiculares a éstos frente por frente a la pecera y como si les fuera a faltar también a ellos el aire para ver.

Hasta que un día, un día en que habían metido los dedos en el agua y sus ojos agrandados y empequeñecidos no pudieron ver mucho más allá de sí mismos o bien del solo rato en que veían, los pececillos de aguas frías, que habían empezado a boquear hacía ya más de un minuto, no dejaron de hacerlo como otras veces, tras el retiro de los dedos y el bálsamo del agua fría, sino que, sin que se pudiera saber cómo ni cómo no en el último momento, empezaron a flotar de

repente en la superficie del agua con una quietud que ya no era en realidad quietud y unas últimas convulsiones previas en las que, sin embargo, ya no habían visto reverberar ninguno de los innumerables colores tornasolados de sus aletas que tan hermosamente refulgían antes en sus quiebros y contorsiones. Se había apagado su color como se apaga la luz y el brillo de un rostro para siempre.

Entonces los ojos empequeñecidos miraron a los ojos agrandados y el cristal miró al cristal. No hubo roce, ni por lo tanto el tintineo de ningún brindis, pero el brillo interior que los cristales agrandaban o empequeñecían era un brillo conocido, un brillo —se hubiera podido decir— que provenía de una satisfacción más honda y hasta a lo mejor esencial que la que producían la asombrosa quietud y los inverosímiles movimientos de los pececillos, su increíble hermosura y la sencilla complejidad de sus deslizamientos. Era el brillo de haber asistido al espectáculo hasta el final, el brillo ambiguo de la satisfacción de seguir sonriendo cuando ya ha descendido el telón, de seguir siendo mientras los otros, a los que tanto queríamos, ya han dejado de ser, el brillo rebruñido del poder —aunque sólo sea ese poco más de poder que es el de seguir siendo— ante la fragilidad.

7

Algunas noches después de aquel día, mientras veían ahora la televisión repantingados en el sofá con todas las demás luces apagadas —resplandores muy subidos de color les tornasolaban el rostro a un ritmo que parecía como convulsionado—, ambos comenzaron de pronto a sentirse raros. Un desasosiego extraño les empezó a recorrer el cuerpo desde los pies a la cabeza. Estaban quietos, muy quietos, tumbados a sus anchas en el sofá azul marino, y de repente se levantaban e iban como contorsionándose de un lado para otro sin saber muy bien a qué ni a qué no, a ponerse una copa o a prepararse una manzanilla o buscar algo, o bien a tomar unas pastillas que sin embargo no parecía que mitigasen en nada una desazón en aumento a medida que transcurría el tiempo como en un reloj imaginario puesto allí cerca para alguien.

Boqueaban, eso era, habían empezado a boquear como los sencillos y frágiles pececillos de aguas frías con su misterioso color negro malva que se irisaba en las aletas. Sentían que no les llegaba el aire a los pulmones, que se ahogaban, que tenían que pedir auxilio a no sabían quién ni qué, hasta que de improviso, sin que lo que ellos hicieran o dejaran de hacer tuviera en el fondo parte alguna en ello, empezaban a sentirse mejor y más aliviados poco a poco. Entonces volvían a

moverse o a repantingarse frente a los reflejos tornasolados del televisor que daban la impresión de convulsionarles el rostro, y era como si nada hubiera ocurrido antes ni nunca se hubieran sentido mal o hubieran percibido el menor apuro.

Y así una y otra vez; se movían, miraban como perpendiculares a la pantalla del televisor, con los ojos como de no mirar nada de tanto como miraban y tan pendientes como estaban, y se quedaban quietos o se azacaneaban más tarde de golpe por lo que fuera, hasta que de repente, sin que hubieran podido decir nunca a qué obedecía ni a qué no, empezaban de nuevo a sentirse mal, como a ahogarse y a angustiarse, como si no les llegara otra vez el aire a los pulmones o bien algo, como un bulto extraño o bien un ojo de raras proporciones o incluso un reloj, les pesara o abultara más de la cuenta por dentro. Como si hubiera algo que comprender que sin embargo ellos no comprendían, lo mirasen con cristales que agrandaran o con cristales que empequeñecieran, perpendicularmente o al sesgo o bien allí encima mismo, o como si lo único que hubiera que comprender era que no había nada que comprender sino que mirar, que moverse cuando uno se movía y estarse quieto cuando uno se estaba quieto sin hacer caso a si te miraban desde detrás de ningún cristal con ojos empequeñecidos o agrandados.

Hasta que una de esas veces en que peor se sentían, en que la angustia les agarrotaba el estómago y subía por el pecho hasta la garganta como una bola incandescente, mientras sus cabezas se contorsionaban irradiando increíbles colores tornasolados según les diera la luz —según la inclinación o el vaivén—, él, o tal vez sería más bien ella, se acercó como pudo, casi a rastras ya por el suelo, a la puerta de entrada de la casa y, primero al sesgo y difícilmente aupada, y luego perpendicularmente y como arrodillada, miró por el ojo de la cerradura.

Tras los cristales de sus gafas que agrandaban sus ojos pero que igualmente hubieran podido empequeñecerlos, lo que alcanzó a ver —¿era envidia de su sosiego en el sofá flotando en los reflejos del televisor que les tornasolaba el rostro?, ¿de sus hábiles contorsiones a pesar de la edad? ¿Envidia de lo que eran y de lo que no eran por parte de otros o de Otro que tenía que ser incluso en demasía?—, lo que verdaderamente alcanzó a ver fue otro ojo, un ojo de una quietud y a la par de una agitación inconcebibles, agrandado esta vez sin duda infinitamente por un cristal de un aumento también inconcebible, casi tan inconcebible como el dedo que entonces no había siquiera que imaginar que les habría señalado durante algo más de tiempo, sólo un poquito más, del que podían resistir.